

# La Ilustración Artística

AÑO XXXI

BARCELONA 3 DE JUNIO DE 1912

NÚM. 1.588

VENECIA.—EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE BELLAS ARTES. 1912



LA MADRE, cuadro de A. Discovolo

(De fotografía de Carlos Abeniacar.)



**Texto.**—Revista hispanoamericana, por R. Beltrán Rózpide. — Hogar humilde, cuento de Federico Trujillo. — Gibraltar. El Día del Imperio. — De Melilla. — París. Concurso internacional de música. — Actualidades barcelonesas. Carreras de «voiturettes». — Fiesta benéfica. — La romería del Ram. — Matrimonio secreto (novela ilustrada; continuación). — El descubrimiento del Polo Sur por Roald Amundsen. — París. La exposición canina. — Libros.

**Grabados.**—La madre, cuadro de A. Discovolo. — Dibujo de Carreres, ilustración al cuento Hogar humilde. — Los primeros pasos, cuadro de la señorita M. Demanche. — Ensueños, cuadro de Irving R. Wiles. — Mi tío Daniel y su familia, cuadro de Ignacio Zuloaga. — Gibraltar. Fiesta infantil. — Melilla. Moros del interior tomando pasaje para Argelia. — París. Concurso internacional de música (cuatro fotografías). — La tía Sabina, cuadro de José M.<sup>a</sup> López Mezquita. — Retrato de la señora doña M. E. de C., pintado por Eduardo Chicharro. — División de plaza, cuadro de Eugenio Lucas. — El expósito, cuadro de J. Geoffroy. — Actualidades barcelonesas (cuatro fotografías). — Descubrimiento del Polo Sur (cuatro fotografías). — París. Exposición canina. Perro de pastor de raza francesa. — Perro «colley». — Perro lebré.

### REVISTA HISPANOAMERICANA

México: la revolución y la actitud del gobierno de los Estados Unidos. — Las cuestiones de límites y su estado actual: Honduras y Nicaragua; Perú, Ecuador y Colombia. — Ecuador: el presidente Plaza. — Uruguay: propósitos de reforma en el servicio militar. — Cuba: la agitación electoral y los partidos políticos: los negros. — Más sobre la política panamericana de los yanquis.

Pasan días y días y en México van las cosas de mal en peor. Aumenta el desprestigio del gobierno que preside el Sr. Madero, la guerra civil y la anarquía imperan en la mayor parte de los Estados, nacionales y extranjeros se hallan a merced de las banderas revolucionarias, y el gobierno de Washington se cree obligado a tomar actitudes de mayor energía y declara que hará responsable a México y al pueblo mexicano de todos los excesos y actos ilegales que contribuyan al sacrificio o pongan en peligro las vidas de los residentes americanos, o perjudiquen sus propiedades o intereses que en el país tengan. Aun ha hecho más aquel gobierno para mortificar al de México; se ha dirigido al general Pascual Orozco, jefe revolucionario, y por conducto oficial de su cónsul, enviándole nota conminatoria en el mismo sentido que al gobierno mexicano, con lo que venía a reconocer de modo implícito la beligerancia en el partido rebelde que acaudilla Orozco.

A la nota de la Casa Blanca ha replicado el gobierno mexicano haciendo constar que no reconoce a los Estados Unidos el derecho de hacerle advertencias en los términos expresados, y rechazando toda responsabilidad que no sea exigible dentro de la ley y conforme a los principios del derecho internacional.

\* \* \*

Los hechos vienen probando la ineficacia del arbitraje para dar solución definitiva a las cuestiones de límites entre pueblos hispanoamericanos. Parecía que desde 1906 estaba terminado el conflicto entre Honduras y Nicaragua, y sobre el cual dictó su laudo el Rey de España. Y ahora resultó que Nicaragua no se aviene a cumplir lo dispuesto por el Real Arbitro.

De conformidad con dicho laudo, el gobierno de Honduras comenzó a ejercer actos de soberanía y de dominio en el territorio limítrofe con Nicaragua sobre la línea divisoria últimamente trazada; adoptó las medidas necesarias para organizar, así en lo político como en lo administrativo, aquella región, e indicó después la conveniencia de proceder al amojonamiento de la frontera.

El gobierno de Nicaragua se opone resueltamente a cuanto hace y pide Honduras, supone que carece de facultades para aceptar el laudo, pone en duda la validez y la justificación de éste y acaba declarando que lo conceptúa inaceptable y sin ningún válido efecto mientras no recaiga sobre él la sanción de la Asamblea Nacional que dé, con respecto a Nicaragua, fuerza definitiva y legal a esta resolución del árbitro.

\* \* \*

Sabido es que en el pleito entre el Ecuador y Perú no llegó el Rey de España a pronunciar fallo. Antes

de dictarlo, las partes interesadas, dándolo por supuesto o conocido, lo criticaron en papeles o folletos impresos en la misma capital de España, y el gobierno de esta nación juzgó que había motivos para aconsejar al Rey que dejase a litigantes tan enconados en plena libertad de arreglar ellos mismos sus diferencias.

El tiempo pasa, y sigue dando juego el famoso asunto de límites. Colombia interviene porque quiere para sí todo o parte del territorio que en la cuenca del Amazonas se disputan Ecuador y Perú. La discusión entre colombianos, ecuatorianos y peruanos es viva, apasionada, y los dos primeros procuran atraerse la buena voluntad de bolivianos y chilenos. El Perú corre peligro de tener que hacer frente algún día a Colombia, Ecuador, Bolivia y Chile.

Hoy por hoy, aun prepondera Chile desde el punto de vista militar; pero las cuatro repúblicas temen que el Perú haga valer, cuando llegue ocasión favorable, la fuerza que pueden darle los elementos de combate que sin cesar está reuniendo. Según datos que corren por los periódicos de América, tiene el Perú 160.000 fusiles y 10.000 carabinas Mauser, 200 cañones de tiro rápido y 180 ametralladoras; desde 1909 funciona en Lima una gran fábrica de cartuchos que puede dar mensualmente 2.000.000 de éstos.

Niegan los peruanos sus propósitos belicosos y afirman que su aspiración predilecta es arreglar amistosamente todas sus diferencias con los países vecinos. Han evitado el conflicto con Bolivia, conviniendo en el trazado de nueva frontera cuando esta república se negó a acatar el laudo del presidente de la Argentina. Con Colombia pactaron y respetan un *modus vivendi*, y si en la zona del Caquetá hubo choques con tropas colombianas, fué porque éstas ocuparon territorios del Perú. Respecto al Ecuador, advierten que estando ya para expedirse el laudo del Rey de España, el gobierno de Quito lo impidió—son palabras de un escritor peruano—con amenazas o medidas de fuerza y violencia por creer que el fallo no le favorecía, creencia acaso errónea, pues mediante dicho fallo el Ecuador habría logrado lo que probablemente jamás obtendrá.

La cuestión, y especialmente en lo que se refiere al pleito con Colombia, ha sido tratada recientemente, y con gran alteza de miras, por un diplomático peruano, el Dr. D. Luis Ulloa. Colombia tiene a su favor la ocupación desde la independencia de ciertos lugares; tiene en daño suyo su silencio de más de veinte años—después de la disolución de la Colombia de Bolívar,—ante la ocupación peruana de otros lugares por nadie ocupados cuando la independencia.

Con hombres de gobierno que tengan inteligencia serena y voluntad bien templada se puede llegar a la solución, abordando el problema con ánimo libre de convencionalismos y sugerencias. En muchos puntos el acuerdo entre las partes habría de ser sencillo; en último caso, aconseja el Sr. Ulloa que se sometan éstas al arbitraje del tribunal de La Haya.

Hay que hacer un esfuerzo para acabar pronto estos litigios, porque en el horizonte suramericano van apareciendo señales de otros problemas más complicados que se relacionan con el conjunto de estos pueblos y amenazan a su propia existencia.

\* \* \*

La contienda entre generales ecuatorianos se ha resuelto por ahora en favor de Leónidas Plaza, electo presidente de la república. Uno de los primeros actos del nuevo gobierno ha sido negociar un empréstito con un Sindicato francés. Las continuas revoluciones que sufre este país impiden el normal y progresivo desarrollo de sus puntos de riqueza, y los ingresos del Erario son insuficientes para atender a los servicios públicos de acuerdo con las exigencias de la vida moderna. De aquí la necesidad de arbitrar recursos por medio de los empréstitos.

\* \* \*

Con motivo de los proyectos de reforma de la Constitución del Uruguay, el Centro militar y naval de Montevideo indica la conveniencia de reformar también el ejército, de tal modo que el organismo militar desarrolle sus actividades de acuerdo con los principios de la nueva Constitución.

La vida actual de la sociedad pide la democratización del ejército, mejor dicho, la institución armada de la nación. Los militares uruguayos quieren transformar el ejército en una gran Escuela militar, quieren fomentar el desarrollo físico del pueblo y

difundir las aptitudes militares en todas las esferas de la sociedad.

El ejército debe ser la fuente de todos los sentimientos de patriotismo y de abnegación y demás virtudes ciudadanas que hacen a los pueblos grandes y prósperos. Hay que ennoblecer al soldado: los hombres recluidos en los cuarteles o congregados en los campos de instrucción o en los campamentos deben estar única y exclusivamente dedicados a la función y al servicio militares.

\* \* \*

Otra vez la amenaza de la intervención de los Estados Unidos en Cuba. Si los telegramas de Washington no mienten (que suelen hacerlo), va a discutir el Senado un proyecto de ley que autorice al gobierno para intervenir en la isla, en determinadas condiciones, y ya se van reuniendo buques de guerra y transportes en la Florida en previsión de que sea necesario enviar tropas a Cuba.

Como siempre, los partidos políticos mantienen en viva excitación los ánimos, y el partido o elemento negro, del que ya se ha hablado en estas revistas, entra resuelto por las vías de fuerza, y provoca motines, y lleva a cabo incendios y saqueos en campos y ciudades.

En el próximo año termina el período constitucional del presidente Gómez, y hace ya algunos meses que los partidos liberal y conservador se vienen preparando para las elecciones, con lo que la agitación política, algún tanto calmada, se exarceba, y con unas y otras cosas se produce un estado de sobresalto que sirve de pretexto a los yanquis y cubanos partidarios de la anexión para mover en Washington a los senadores en sentido favorable a la intervención.

Aumentan el malestar las desavenencias entre los mismos liberales. La proclamación de los señores D. Alfredo Zayas, actual vicepresidente, y D. Rafael Manduley, coronel y gobernador de la provincia de Santiago de Cuba, como candidatos del partido liberal para la presidencia y la vicepresidencia, respectivamente, dió motivo a manifestaciones contra otro grupo del partido, el del general Asbert. Unos y otros vinieron a las manos y a duras penas pudo la policía restablecer el orden.

Estas discusiones entre los liberales favorecen a la candidatura conservadora, o sea a los Sres. Menocal para la presidencia, y Freire Andrade o Varona para la vicepresidencia.

Entretanto, numerosas partidas de negros continúan en armas y el gobierno tiene que hacer extraordinario esfuerzo para contenerlas y defender las plantaciones, objeto predilecto de los ataques de aquéllos. Y no les atemoriza la amenaza de la intervención yanqui, que contra ellos principalmente habría de ir ahora. ¡Que vengan a lincharnos, dicen, y verán que los negros de Cuba no son los negros que ellos tienen en su país!

\* \* \*

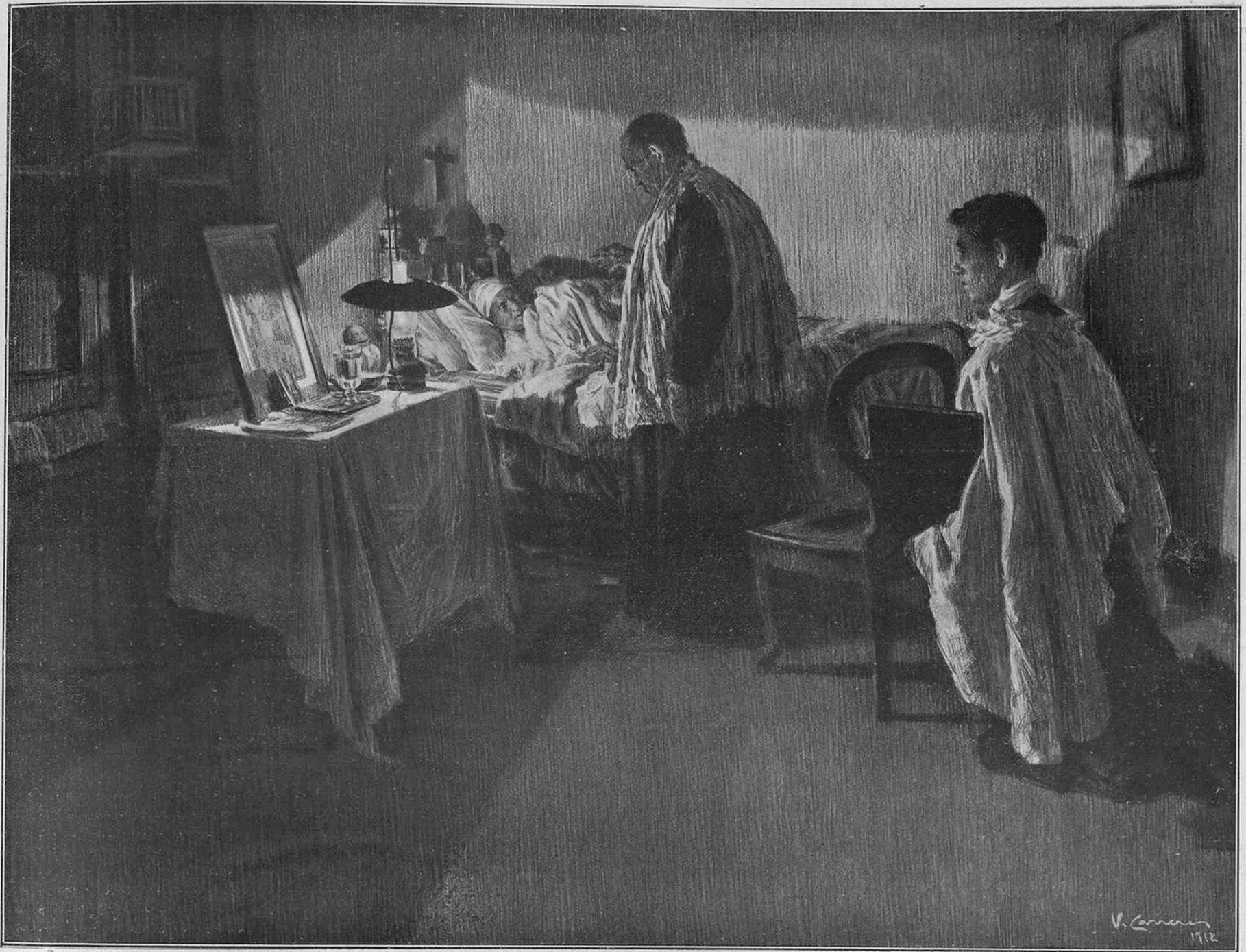
Seguramente, si oímos a los norteamericanos la acción o intervención de su gobierno en los asuntos de Cuba no es más que una consecuencia del panamericanismo, tal como ellos lo entienden. Nada de anexiones, pero sí intervención en una u otra forma, con mayor o menor alcance, para conservar o acrecer su influencia económica en América e impedir que puedan ganar terreno en ese concepto las potencias europeas.

Shépherd, el profesor de historia de la Universidad de Columbia, afirma que los Estados Unidos no ansían conquistas, y que así es, añade, lo comprueba suficientemente su conducta con Cuba. Quieren paz con todas las repúblicas hermanas, y paz dentro de las fronteras de éstas. Si no hay paz interior, la voracidad europea puede encontrar pretexto o razón para hacer sentir sus efectos en América, y esto es lo que hay que evitar a todo trance.

Ahora bien, ¿qué conviene más a los hispanoamericanos, la amistad y protección de europeos o la amistad y protección de norteamericanos? Muchos y muy eminentes hispanoamericanos se inclinan a favor de los segundos. Piensan, sin duda, como el colombiano Quijano Wallís, para quien la única política conveniente es entenderse con los yanquis. Y razona su parecer recordando las frases de otro ilustre estadista que refiriéndose a cierto sujeto muy conocido por sus riquezas, sus travesuras y sus habilidades, decía: «con fulano no hay más que dos caminos, o matarlo o hacerlo compadre; como lo primero es imposible, hay que optar por lo segundo.»

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

HOGAR HUMILDE, POR FEDERICO TRUJILLO, dibujo de Carreres



En la cara de la enferma hay una sonrisa de felicidad

I

LA BUHARDILLA

Se llama Paz; ni es alta ni baja; tiene el cabello rubio; su rostro vulgar sólo refleja la candidez de las almas blancas que cantó el poeta latino. Sus ojos, de un azul oscuro como el de los lagos suizos, se hallan muchas veces velados por una pátina de tristeza. Es obrera y tiene allá, junto al cielo, una humilde boharda muy limpia, muy blanca, con mucha luz, y una ventana al cielo azul, y un tordo en una jaula, y unos tiestos de albahaca.

Paz entra en casa cuando viene del trabajo, alegre y cantarina, y como un surtidor de notas salen de sus labios de coral las coplas populares:

«Mis ojos ya no están tristes  
por ellos se asoma el sol.»

Después da un saltito y abraza a su madre hasta hacerla daño. Hay disputa de besos, y luego regaño para Perico, el tordo, que no cantó la Marcha Real.

—¿Oye usted bien?.. ¡La Marcha Real! ¡Yo soy la reina!

Y la niña se pasea por la casa, moviendo la cola de la falda con majestuosidad cómica.

Ríe la madre; ríe la niña, y el tordo deshace su sonora flauta de cristal en un arpegio infinito de risas y de cánticos.

Es la madre de Paz una mujercita amable, que también fué obrera, que luchó por la vida y viuda muy joven dió a su hija pan y amor. No tiene aún los cincuenta años y sus cabellos, de una blancura casi de luz, hácenla vieja, y si a más se miran sus manos rugosas como sarmientos y sus ojos, que di-

cen fueron hermosos, pero que ahora son de un brillo apagado de lucero entre nubes, se echarían diez años más en la cuenta de su vida.

Cada día que pasa ve la buena doña Carmen cómo se va agotando su espíritu, cual lámpara votiva que se extingue. Muchas noches un dolor, extraño y artero, la hiere junto al corazón; casi siempre es a la misma hora: a la madrugada. ¡Maldito dolor! Es igual que los criminales: la asalta de noche y en la obscuridad. Entonces acalla un grito y llora en silencio.

Todas las mañanas, al despedirse de su hija, la abraza con ansia loca, presa de un delirio amoroso.

—¡Me parece que no voy a volver a verte!

—¡Qué cosas dice usted, mamá!.. ¿Se siente mal?

—No, hija: son preocupaciones.

—¡Bah, tonta!..

Y la niña besa a su madre en la boca, en los ojos, en la nevada cabeza, y las dos ríen mientras el sol se entra por el ventanillo de la boharda y el tordo rompe su cháchara armoniosa.

II

(PRINCIPIA EL IDILIO)

Paz tiene un novio. Es un muchacho humilde, tímido, que a su menor atrevimiento, como asustado de sí, siente que enrojece hasta en lo blanco de los ojos. Es huérfano, aun no ha cumplido veinticinco años y lleva doce trabajando de amanuense en el despacho de un señor ricachón, que le abona doce reales por doce horas de trabajo... ¡A real la hora!.. Y como el muchacho se hace de miel, procura explotarle teniéndole en un puño y tratándole sin ningún género de miramientos ni consideracio-

nes. Esto es en cuanto al amo, que de los compañeros hay de todo como en botica. Los mejores son indiferentes y fríos. Hábalos, que creídos sin duda no tener igual, llevaban el alma repleta de orgullo. Y aun conoció otros peores, a los que ciertos microbios (y no de caridad) no dejaban vivir con sosiego. Eran éstos los envidiosos; librenos Dios de ellos, que a nadie puede caer más peligrosa ni dañina plaga. Rafaelito desprecia a todos en lo recóndito de su corazón, donde ha levantado un altar a su Paz, que por ella encuentra poesía hasta en los números. Trabaja pensando en que luego, a las ocho, irá con ella. Una hora de charla. ¡Una hora no más! «¡Cuándo llegará el domingo!» piensa. Al salir del trabajo, su horita de conversación y después del coloquio, a casa a cenar y a dormir, mejor dicho, a soñar, porque Rafael tiene todas las noches castas apariciones deslumbradoras y penetra en su alcoba, al filo de la media noche, un extraño perfume de violetas... Y así, burla burlando, llega el domingo.

¡Oh domingo, santo día de paz y descanso, nacido de un beso de Dios!

Llegado el domingo, a la misma hora siempre, aguarda impaciente a Paz y doña Carmen. Después de un rato de espera su mirada vigilante las descubre. Viene doña Carmen vestida de negro; semeja nieve su cabello entre la negrura de sus tocás, y al lado de ella, modesta, sonriente, más limpia que los chorros del oro, Paz; dulce e inocente como la esposa del Cantar de los cantares. ¡Qué hermosa le parece entonces! ¡Cómo ciñe su busto espléndido la tentadora hechura de su blusa blanca sobre las prodigalidades de su seno virginal! ¡Qué extraña sacudida siente en sus nervios cuando adivina el coquetón nacimiento de sus pies, cuya blancura descúbrese al través de las medias de provocador calado.

Después de los saludos de rúbrica, suben al tranvía de vapor del Sardinero. Allí los aguarda su amigo, su confidente: el mar inmenso, el Cantábrico, que a lo lejos se pierde difuminado en la línea del horizonte aparente...

El día expira. El tren huye de la playa para internarse entre los prados frescos y los bosques frondosos, donde los pinos, sobre el fondo violeta y grana del ocaso, se dibujan.

El retorno de los novios es melancólico. ¡Pobre niña! El día siguiente comenzará una abrumadora semana de trabajo.

Se despiden de la playa hasta otro domingo, y tristes aléjanse pensando en un día de merienda en el campo, bajo la suave y fecunda caricia del sol.

## III

## EL NIDO

Los pájaros hacen nido. Paz y Rafael, en un momento de inspiración, han comprado una hucha. Es de barro y semeja un grotesco figurón de cabeza calva y abultado abdomen.

—¿No es verdad que se parece a tu principal?, prorrumpe la muchacha.

Y los dos celebran la ocurrencia con grandes carcajadas.

—Si nos oyera D. Venancio, me ponía el puchero a la funerala.

Cae la primera moneda: un duro, limpio, de nuevo cuño, y como un diminuto rayo de luna, entra por la rendija de la hucha.

¡Chac! ¡Ya cayó! Es el primer duro; es la primera piedra de su felicidad. Y los dos palmorean contentos. Doña Carmen sonrío y entre las espinas de sus dolores florece el botón de una esperanza.

—Mirad, niños, así llama a los novios. Yo ya no puedo acompañaros: me fatigo mucho. Id donde queráis; al mar, al campo; sois juiciosos y no os temo.

—Pero mamá Carmen, murmura el muchacho tímidamente.

—Pero mamita, dice Paz.

—Nada; no puedo acompañarte.

Y los muchachos tienen que salir solos.

No montan el tranvía que lleva hasta el pintoresco alto de Miranda, por razones de economía doméstica. Marchan por el polvoriento camino, bajo la potente luz del sol, con la vista fija en los prados de perdurable verdor o en los campos, donde los trigos y los maíces empiezan a granar.

Es una tarde de fines de verano. Llegan al fin de la jornada... Ya están junto al mar, con las pupilas bañadas por un raudal de luz, sintiendo que el aire, en oleadas de vida, satura sus pulmones. Anónimos, oscurecidos por el lujo de los veraneantes, permanecen largo tiempo de bruces en el balcón de la terraza. Sus manos enlazadas; el ritmo embriagador de un vals, que flota en las ondas de la brisa, y el perfume de las flores, que ella sostiene entre los jazmines de sus manos, los emborracha de amor, y cada vez que se miran siéntense envueltos en las dulzuras de un cielo.

Hablan del porvenir, de las economías que exige el nido, del plazo no lejano en que se confundirán sus más íntimas sensaciones. Un cielo de oro, crepuscular, preside este idilio. Retornan despacio, parándose en

los senderos de la fronda de encantador misterio, y en el camino se detienen ante unos gorriones que sobre los hilos del telégrafo se hacen el amor: pare-

del telégrafo, el pentagrama musical y los números bailan en él una extraña siringa y revolotean como pájaros en celo.

## IV

## ELEGÍA

¡Cómo engorda la hucha! Hoy es un duro el que cae; mañana una peseta. Cada moneda acerca la fecha de la boda y el cacharro de arcilla está repleto. Hay un día solemne; en la hucha entra un billete de cien pesetas: es la gratificación de Nochebuena. Para mayo podrán casarse ¡Mayo! ¡Mayo florido! ¡El mes de las vírgenes! Y la muchachacanta y el tordo preludia la Marcha Real.

Mas una noche cruel, doña Carmen siente a la madrugada el dolor criminal que le rasga las entrañas; y es tan fuerte, que da un grito y en sus labios apunta una rosa de sangre.

Inquieta salta Paz del lecho, acude a su madre y llora viéndola maltrecha. Fluyen también las lágrimas de los ojos de la anciana y las dos mujeres se confunden en un abrazo.

Pasan los días y la postración se acentúa; viene el doctor, cecijunto diagnóstica y son sus recetas signos cabalísticos; taquigrafía de su impotencia. La farmacia consume el jornal de la muchacha. Rafael ayuda trabajando noche y día, pero todos los esfuerzos no son bastantes: cada receta cuesta el jornal de

una semana. Paz y Rafael velan a la enferma, que los besa con la dulzura de sus ojos tristes.

De pronto Rafael y Paz, que la creen dormida, hablan musitando.

—Si esto sigue así, no sé qué haremos, dice ahogada por los sollozos.

—¡Qué haremos! ¿Y eres tú quien lo dice?... Romper la hucha y vayan en buen hora sus tres mil reales a cambio de una vida.

Paz llora, Rafael la besa en los jazmines de sus manos, y la enferma, que lo ha oído todo, forma su resolución. Pienso que aquel dinero es el porvenir de su hija; que rota aquella hucha también se quebrarán los ensueños dorados de la niña..., y se impone un nuevo sacrificio. Al llegar la noche, cuando el dolor clava su garra cruel en su corazón, simula que bebe lo que el doctor reputa de panacea sublime y en un descuido de Paz vierte en el suelo el precioso líquido milagroso, y en dos días agrava de tal modo, que el doctor, confuso, la desahucia, y perdido el cuerpo, llámase al médico del alma. Y viene majestuoso Dios a la humilde boharda. Entra el párroco, el acólito, y los vecinos quedan en la escalera con los blandones. En la alcoba cercana Paz lanza sollozos comprimidos.

Escucha el sacerdote la confesión de aquella santa, y el venerable anciano no sabe si aquello es o no un pecado; siente que una lágrima quema su rostro y piadoso absuelve y musita la recomendación del alma. «Alma cristiana, sal de este mundo.» En la cara de la enferma hay una sonrisa de felicidad, fija su vista en la hucha, aun intacta, dobla la cabeza, expira y la luz de los cirios en su nevada cabeza forma una aureola fulgurante de santidad. Rompe el coro de sollozos y el tordo, despierto por la luz de los hachones, creyendo que es de día, silba la Marcha Real.



Los primeros pasos, cuadro de la señorita B. M. Demanche

cen dos notas sueltas sobre un inmenso pentagrama musical. Cuando vuelven ya es de noche y en los árboles tañe el cuco su flauta cristalina.



Ensueños, cuadro de Irving R. Wiles

Al día siguiente encuentra Rafael más encantos en el Cargo y la Data: sus líneas le parecen hilos

nes, creyendo que es de día, silba la Marcha Real.



MI TÍO DANIEL Y SU FAMILIA, cuadro de Ignacio Zuloaga. (De fotografía de Vizzabona.)

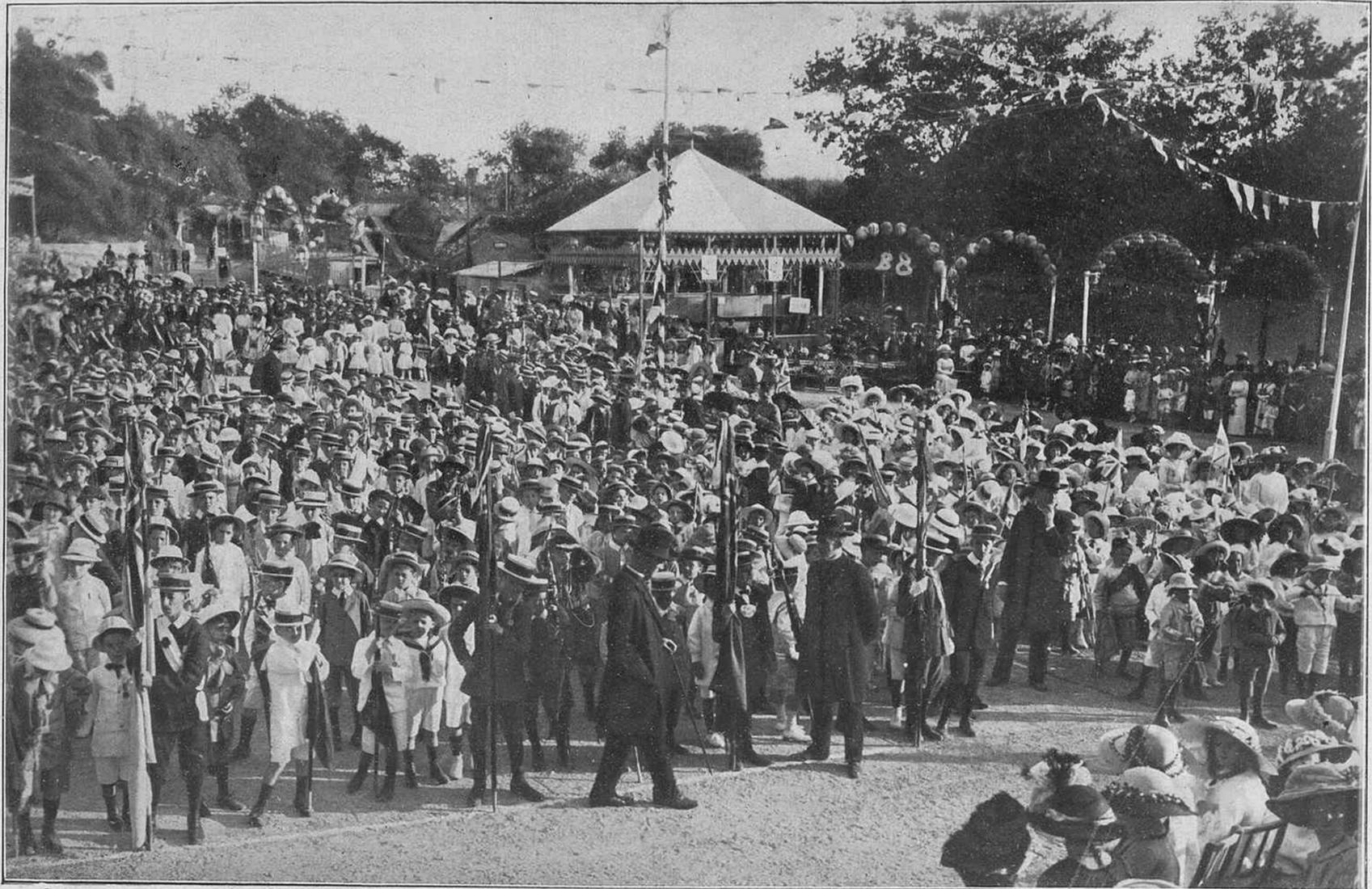
Los cuadros exhibidos por Zuloaga constituyen el verdadero *clou* del Salón de este año; de tal manera, que uno de los más distinguidos críticos parisienses ha escrito que ellos por sí solos sostienen casi todo el interés de la exhibición de la Sociedad Nacional de Bellas Artes

GIBRALTAR.—EL DÍA DEL IMPERIO

Con inusitado esplendor se han celebrado en Gibraltar las fiestas del llamado *Día del Imperio*, que

nos intransigente que el muerto, depondría su actitud y que la jarca iría disolviéndose poco a poco; otros, en cambio, opinaban que la desaparición del prestigioso caudillo no influiría en el curso de la

región del Kert luchan contra nuestras tropas. Por otra parte, los jefes de la jarca, reunidos en el zoco El Yemaa, han proclamado sucesor de El Mizzián a su primo el jerife Sid Mohamed Uld Baraca, el cual



Gibraltar.—Fiesta infantil celebrada en el paseo de la Alameda con motivo de la conmemoración del «Día del Imperio» y en la cual tomaron parte más de 3 000 niños de las escuelas. (De fotografía de López y García )

es la fiesta nacional de los ingleses y que se solemniza de una manera extraordinaria en todas las posesiones adonde se extiende la soberanía de la poderosa nación.

De todos los actos con este motivo realizados en el Peñón, el más interesante, a la vez que el más pintoresco, ha sido la fiesta infantil que se efectuó el día 24 de mayo último en la Alameda. En aquel hermoso paseo, que se hallaba adornado con verdadero lujo, congregáronse más de 3.000 niños de las escuelas calpenses, cada uno de los cuales llevaba una bandera inglesa. El gobernador militar les dirigió la palabra explicándoles en elocuentes frases el significado de la fiesta que estaban celebrando y haciendo vibrar en sus pechos el sentimiento de la patria y el deseo de verla cada día más grande y más próspera.

La fotografía que reproducimos adjunta da perfecta idea de la belleza y de la grandiosidad de aquel emocionante espectáculo.

DE MELILLA

La muerte de El Mizzián causó, como era natural, una impresión profunda entre los jarqueños y ha dado lugar a muchos comentarios y a las más contradictorias suposiciones. Creían algunos que el caíd El Hach Amar de M'Talza, me-

campana, porque, dada la tenacidad de la raza, a El Mizzián sucedería otro jefe y las cosas continuarían como antes.

Los hechos parecen dar la razón a los que opinan en este último sentido, pues si bien el contingente de la jarca parece haber disminuído muchísimo en estos últimos días, débese esto principalmente a que muchos de los moros que la componen han

tendrá como califa a un hijo de aquél que sólo cuenta diez y seis años de edad, y las cabilas de Alhucemas han obligado a unirse a la jarca a 600 cabileños que se disponían a embarcar para Argelia.

La designación del sucesor de El Mizzián no ha sido, al parecer, muy del gusto de los partidarios del caíd de M'Talza, asegurándose que son muchos los que regresarán a sus casas; pero, en realidad, no

hay que fiar mucho en estos rumores, pues aunque esto suceda al pronto, debe atribuirse a lo que antes decimos, es decir, a que son en gran número los jarqueños que en esta época del año van a ganarse buenos jornales en los trabajos agrícolas de Argelia, haciéndose de esta manera con fondos para seguir luego combatiendo.

Las últimas noticias oficiales del capitán general de Melilla no son a propósito para inspirar grandes optimismos. En efecto, según ellas, se reciben continuamente en la jarca cartas de Fez incitando a los rifeños a seguir luchando contra nosotros y a atacar nuestras posiciones por estar todo el imperio en contra de los cristianos. Estas cartas han excitado a los cabileños y a ello se deben algunos movimientos



Melilla.—Moros del interior, de las cabilas de Beni-Sidel y Benibufagar, las que mayores contingentes han dado a la jarca enemiga, tomando pasaje para embarcarse para Argelia con objeto de dedicarse a las faenas de la siega. (De fotografía de Rectoret.)

marchado a Argelia para dedicarse a las faenas de la siega, siendo de temer que, una vez terminadas éstas, volverán a engrosar las fuerzas que en la

que últimamente ha iniciado el enemigo y la reunión de nuevos contingentes que proceden del interior.—S.

PARÍS.—CONCURSO INTERNACIONAL DE MÚSICA

(Fotografías de M. Rol.)



Visita de las niñas de las escuelas inglesas a la Casa Consistorial



Una audición por la «Halifax Madrigal Society» de Inglaterra

El Ayuntamiento de París ha organizado un concurso internacional de música que se ha celebrado en los días 26, 27 y 28 de mayo último y en el cual han tomado parte 497 sociedades francesas y extranjeras, orfeones, orquestas, charangas, bandas de trompetas, de trompas, de tambores, etc. En distintos teatros, salas de conciertos, escuelas y otros locales públicos de la capital efectuáronse el día 26 las diversas pruebas que constituían el concurso y la adjudicación de los premios. Los más importantes de éstos para las orquestas fueron otorgados a la «Harmonie des Mines de Courrières» y al «Cercle Berlioz» de Lille; cada una de estas sociedades recibió 5.000 francos y ganó el derecho de optar al gran premio de excelencia, de 10.000 francos, que, en la prueba definitiva, fué otorgado a la «Harmonie des Mines de Courrières.»

En la noche del primer día hubo numerosos conciertos en el Trocadero, en la sala de los Horticultores, en los gimnasios Huyghens y Voltaire y en la plaza de la Casa Consistorial.

El segundo día por la mañana se celebraron varios concursos de orfeones y sociedades corales, y en las primeras horas de la tarde diéronse numerosos conciertos populares en plazas, parques y jardines. A las cinco procedióse en el Jardín de las Tullerías a la distribu-

ción de recompensas, acto que presidió el presidente de la República Sr. Fallieres y que fué precedido de audiciones

principalmente la atención la «Halifax Madrigal Society,» el Coral de Leeds, la primera sociedad en su clase de Inglaterra; el Coral de Douvres; la charanga *La Sirène* de París; el Coral de Douai, y sobre todo el «Paulist Chor,» coro de la catedral católica de Chicago, compuesto de gran número de niños vestidos con sotanas negras y sobrepellices blancas. Este coro ha cantado últimamente en Inglaterra y dentro de pocos días dará una audición en Roma delante de Su Santidad.

Terminadas las audiciones comenzó el desfile, que fué por demás brillante y pintoresco. Todas las sociedades, con sus músicas y sus banderas, formando un cortejo inmenso y abundante en alegres notas de color, desfilaron por delante de la tribuna presidencial, entre las entusiastas aclamaciones de una multitud enorme, que no cesaba de aplaudirlos y vitorearlos.

Por la noche hubo recepción en la Casa de la Ciudad en honor del orfeón «Institutores de Praga,» agraciado con el gran premio. — T.



Desfile de una sociedad musical de Dour (Bélgica)

dadas por las principales sociedades que habían tomado parte en los diversos concursos. Entre estas sociedades llamaron



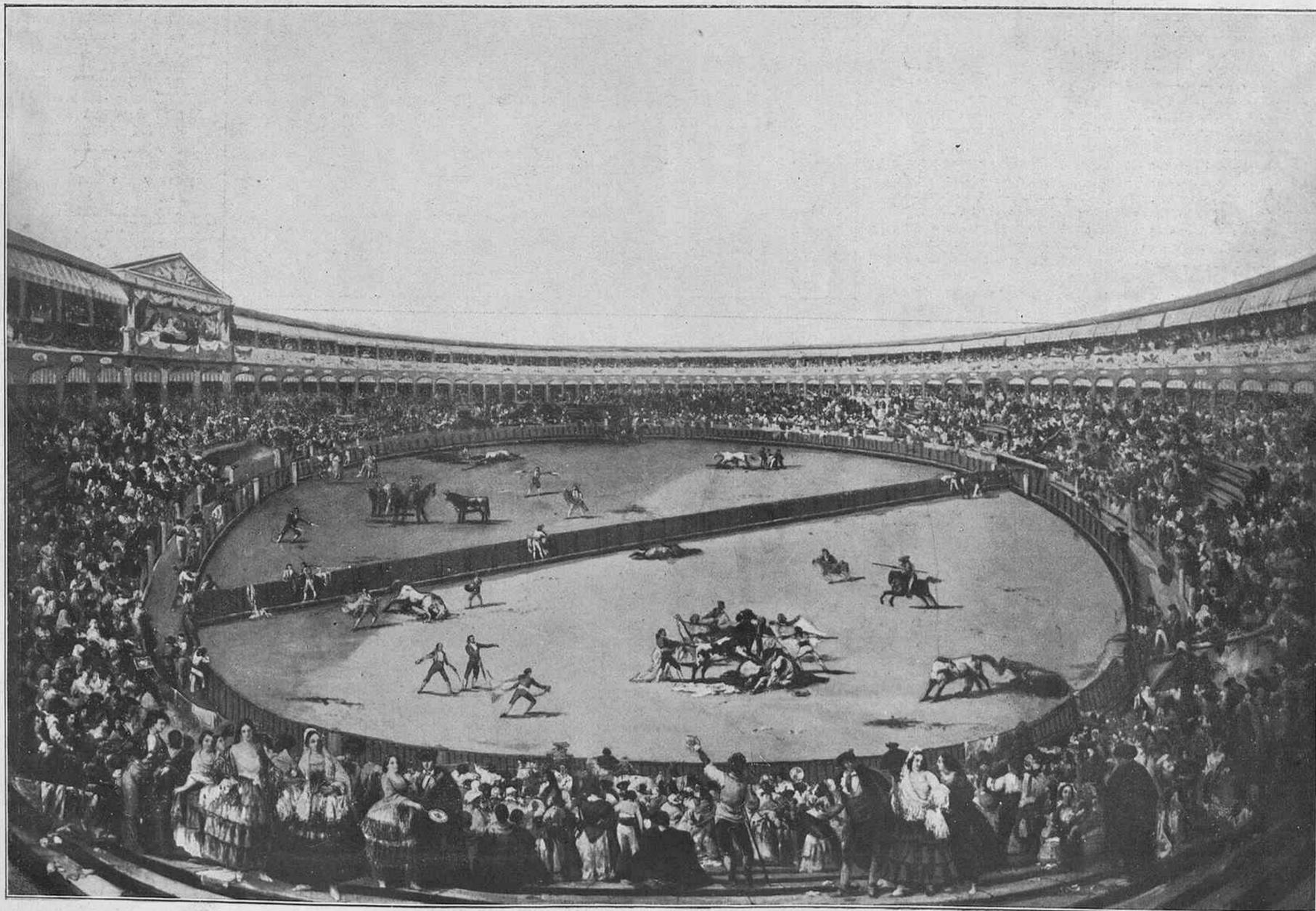
El coro «Paulist Chicago,» de la catedral católica de aquella ciudad, dirigido por el Rdo. P. Jim, dando una audición en las Tullerías



La tía Sabina, cuadro de José M.ª López Mezquita  
(Exposición Nacional de Bellas Artes.)



Retrato de la señora doña M. E. de C., pintado por Eduardo Chicharro  
(Exposición Nacional de Bellas Artes.)

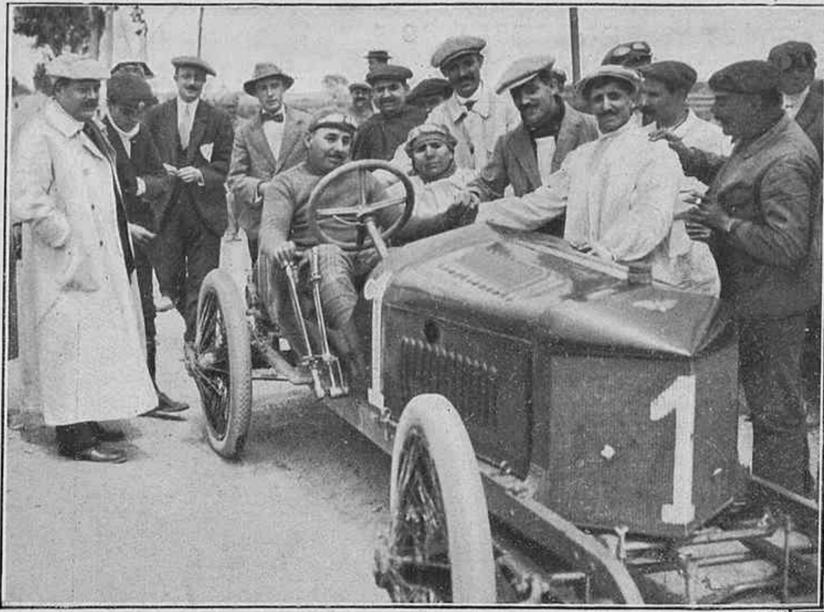


División de plaza, cuadro de Eugenio Lucas, propiedad de D. Miguel Ortiz Cañabate  
(Exposición de obras de Eugenio Lucas, organizada por la Asociación de Pintores y Escultores.)



EL EXPÓSITO cuadro de J. Geoffroy

(Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística, de París.)



Carreras de voiturettes.—El Sr. Ortas, ganador de la Copa España

ACTUALIDADES BARCELONESAS

*Carreras de voiturettes.* — En el mismo circuito de Levante que en los dos años últimos y que comprende los términos de Vilasar, Mataró y Argentona, efectuáronse el día 26 del próximo pasado mayo las carreras de *voiturettes* organizadas por el Real Automóvil Club de Cataluña.

Las tribunas y los palcos, ocupados por las más distinguidas familias de esta capital, ofrecían brillantísimo aspecto, luciendo en unas y otros elegantes *toilettes* las damas y señoras de la más alta sociedad barcelonesa. Anímadísimo era también el espectáculo en la *pelouse* y en varios puntos del circuito, especialmente en los virajes, cerca de los cuales había numerosos grupos de espectadores.

Gracias a la excelente organización y gracias también a las oportunas medidas adoptadas por el gobernador civil, ni en las carreras ni como consecuencia de ellas hubo que lamentar el menor accidente; por ello merecen los más entusiastas plácemes los organizadores y nuestra primera autoridad gubernativa.

Las carreras fueron dos, una para profesionales y otra para aficionados, disputándose en ellas respectivamente las copas España y del Rey. La primera, donativo del marqués de Alella, vicepresidente del Real Automóvil Club de Cataluña y presidente de su comisión deportiva, debía adjudicarse al coche que en menos tiempo recorriese las 21 vueltas del circuito, que formaban un total de 315 kilómetros; la segunda, concedida por S. M. el Rey, era para el automovilista, socio de algún club de los reconocidos por el Real Automóvil Club de Cataluña, que no representase ninguna casa constructora ni fuese dependiente de ningún establecimiento afecto a dicho ramo, y que, en menos tiempo, diese ocho vueltas al circuito, recorriendo, por consiguiente, la distancia de 120 kilómetros.

Además, había la copa Rabassada y 2 000 pesetas para el que obtuviese el segundo lugar en la clasificación general; la copa Fabra, donativo de D. Ramón Fabra, vicepresidente de la comisión organizadora de la carrera, para el conductor del coche que diese la vuelta más rápida al circuito; y la copa de Regularidad, del Real Automóvil Club de España, para la fábrica constructora del coche que efectuase el recorrido completo con más regularidad.

A las 8 y 41 minutos comenzó la primera carrera, habiendo salido los corredores, de minuto en minuto, por el orden siguiente: 1.º Ortas, en Hispano-Suiza; 2.º Magre, en Charroñ; 3.º Carreras, en Hispano-Suiza; 4.º Loma, en Vermorel; 5.º Franquebalmé, en Vermorel, y 6.º Riviere, en Hispano-Suiza.

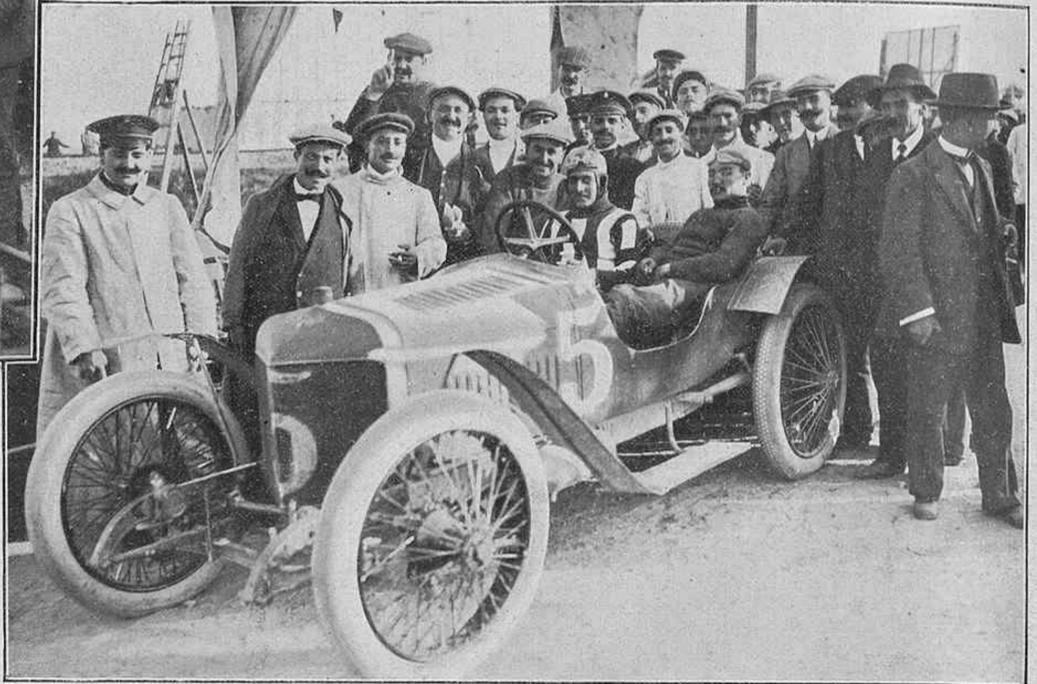
En las primeras vueltas, las fuerzas de los corredores estuvieron bastante equilibradas; pero pronto quedó reducida la lucha a los tres Hispano-Suiza y al Vermorel que conducía el Sr. Loma. Al fin, resultaron vencedores los Sres. Ortas y Carreras, que emplearon en el recorrido 4 horas, 11 minutos y 31 segundos, y 4 horas, 12 minutos y 16 segundos, respectivamente. De los demás corredores, Riviere empleó 4 horas y 13 minutos, y Loma 4 horas, 27 minutos y 21 segundos.

A Ortas se le adjudicó, por consiguiente, la copa España, con el premio de 8 000 pesetas; y a Carreras la copa Rabassada, con el premio de 2 000 pesetas. Carreras ganó, además, la copa Fabra, por haber dado la vuelta más rápida, invirtiendo en ella 11 minutos y 9 segundos. La copa de Regularidad fué otorgada al Sr. Loma.

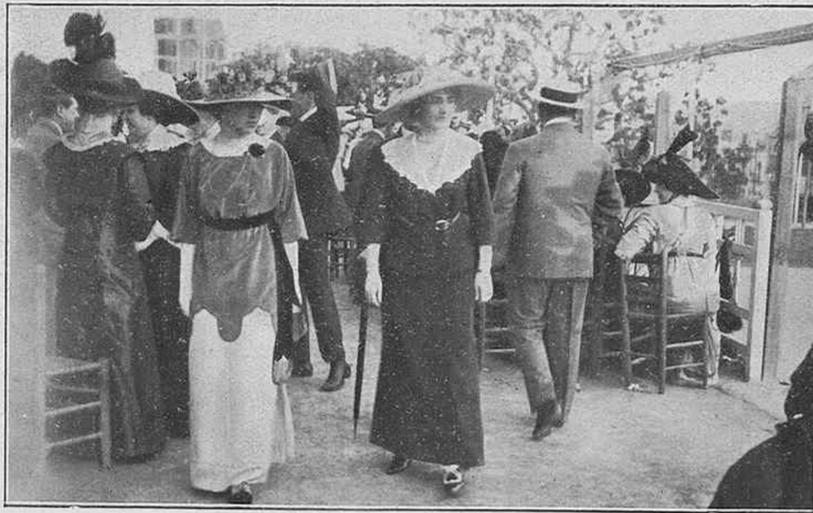
Terminada aquella carrera, comenzó la de la copa del Rey, en la que se disputaba también el campeonato español de aficionados, y en la cual tomaron parte: Artemán, en Hispano-Suiza; R. Pau, en Fiat; Comerma, en Fiat; Eguf, en Climent; Ciudad, en Hispano-Suiza; Turell, en Mors; Ripoll, en Fiat; Palou, en Henriette; y Almirall, en Gregoire. Desde un principio, se vió que la lucha se circunscribía a los señores Ciudad y Artemán; el primero obtenía a cada vuelta mayor ventaja y llegó a la meta antes que su adversario, habiendo realizado una carrera brillantísima y recorrido el tra-

dos años consecutivos.

Las carreras de este año han sido un nuevo y grandioso triunfo para la Hispano-Suiza marca reconocida hoy universalmente como una de las primeras del mundo y cuyos automóviles han salido vencedores en refidos concursos en España y en el extranjero.



El Sr. Ciudad, ganador de la Copa del Rey y del campeonato español de aficionados



Fiesta benéfica en el Tennis-Cataluña

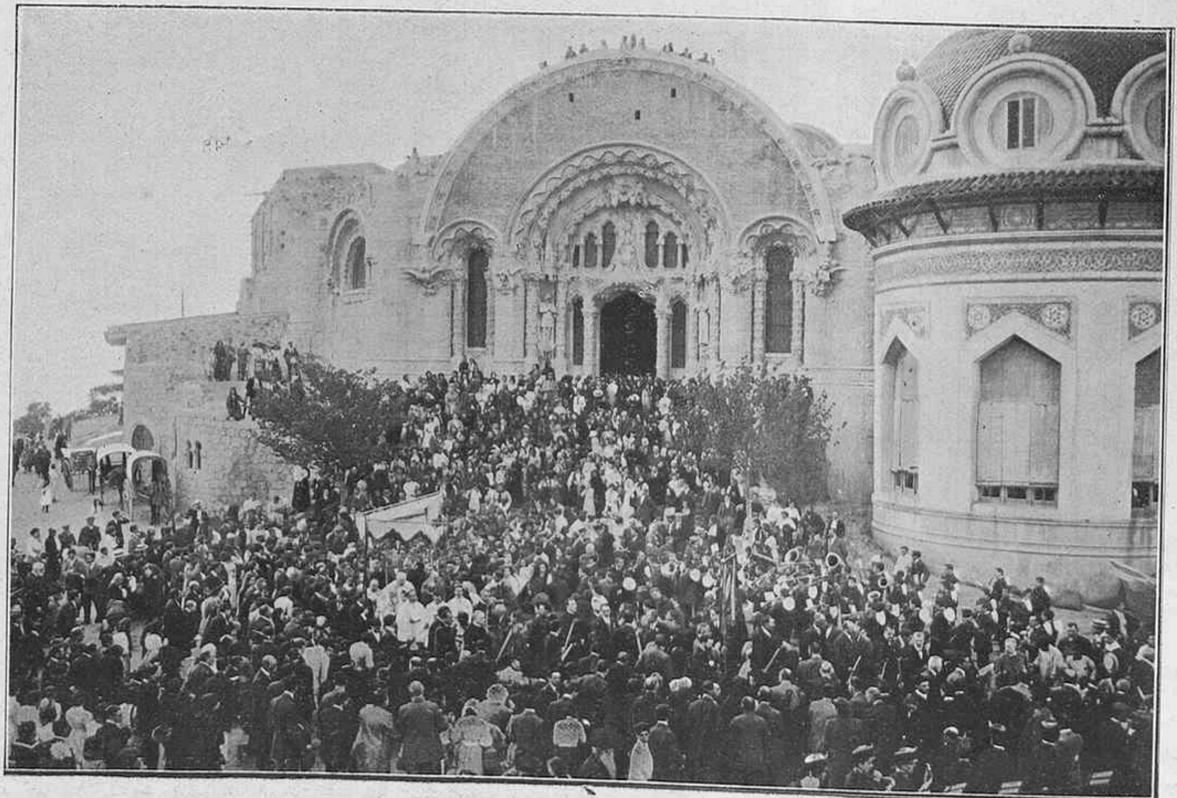
*Fiesta benéfica.* — Organizada por la señora baronesa de Maldá, efectuóse el día 23 de mayo último una fiesta a bene-

con mayor esplendor, tuvo un origen por demás humilde. Cuando en 1886 le fué concedido al venerable Dom Bosco el solar de la cúspide del Tibidabo y se instaló en ésta un modesto oratorio con la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, unos cuantos obreros concibieron la idea de subir allí cada año y antes de volver a la ciudad adornaban aquella capillita con flores de retama recogida en el camino. Poco a poco fué creciendo la importancia de la romería, a lo que contribuyeron poderosamente los Padres Salesianos, que en la actualidad tienen ya muy adelantadas las obras del magnífico templo expiatorio que hoy se levanta en aquella cumbre en sustitución del pequeño oratorio.

Transcurrido algún tiempo, los elementos que anualmente se reúnan el lunes de Pascua florida en el Tibidabo, se constituyeron en asociación, a la cual no tardaron en sumarse otras muchas asociaciones católicas; y cuando el funicular estuvo construido, la Romería del Ram llegó a ser una de las más populares solemnidades religiosas de nuestra capital.

Como de costumbre, organizóse este año la romería en la iglesia de los «Josepets» de Gracia, dirigiéndose a las primeras horas de la mañana los peregrinos al Tibidabo. La Asociación llevaba un gran macizo de flores naturales que figuraba un corazón y el nuevo estandarte de la sociedad. A las diez y media llegó a la cumbre del Tibidabo, en donde había ya más de 2.000 personas que, junto con los recién llegados, fueron a depositar sus ramos de flores en la antigua capilla del Sagrado Corazón. En ésta se celebraron todo el día solemnes cultos y por la tarde, después del trisagio cantado por la Asociación Reparadora de Fío IX, efectuóse una procesión que recorrió la plaza del Tibidabo y durante la cual se procedió a la bendición de la ciudad con el Santísimo Sacramento.

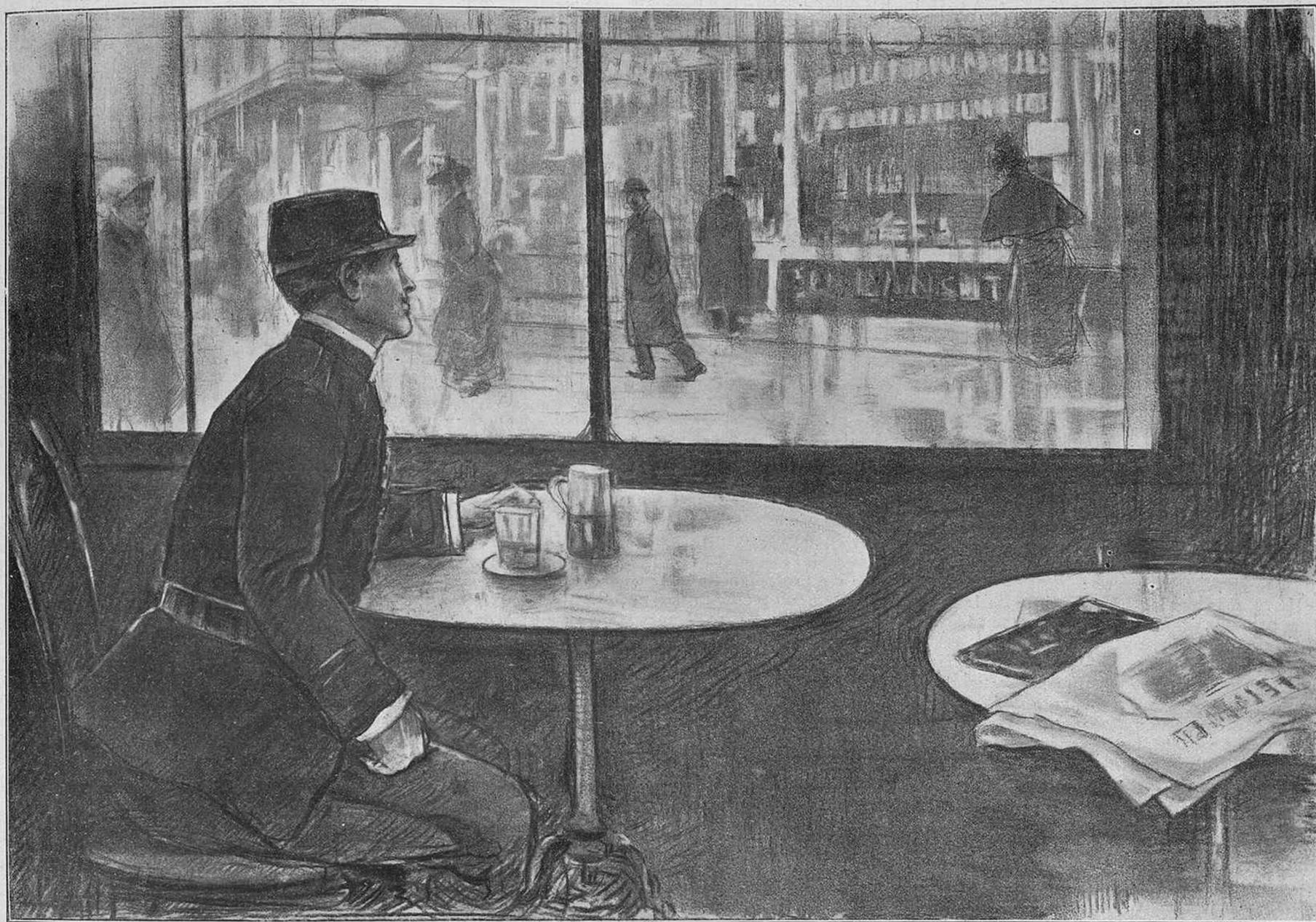
(Fotografías de A. Merletti.)



Romería del Ram, celebrada en el Tibidabo

## MATRIMONIO SECRETO

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN.)



... e instalándose en un café que había delante del colegio, esperó

No es que la linda Genoveva sintiera el desdén que sus compañeras mostraban a la hija de la profesora de inglés; al contrario la encontraba bonita, agradábale el timbre de su voz melodiosa como la de su madre y habríale gustado tener por amiga a aquella niña de rojos labios y blancos dientes que a veces entreabría una sonrisa encantadora. Pero era tímida tanto como reservada Rolanda, y no se atrevió a ser la primera en insinuarse, en vista de las pocas facilidades que para ello le daba la otra. Y así vivieron juntas y sin embargo muy separadas.

Un día, hablando por casualidad Rolanda a su madre de Genoveva, preguntóle Manuela si la conocía.

—Muy poco mamá.

—Más vale así...

Y dominando su repentina emoción, había añadido:

—Porque seguramente vuestros caminos no se encontrarán jamás.

Y la niña que comprendía a medias palabras los consejos de su madre, habíase dicho:

—Otra compañera con la que hago bien en no tratarme.

Así transcurrieron años. Las niñas ascendieron a la categoría de jóvenes y Enrique de Lorgerac transformóse en un guapo mozo, que un día se presentó en Neuilly vestido de soldado, excitando, como es consiguiente, la curiosidad de las colegialas y dando a éstas, durante algún tiempo, tema para sus conversaciones. Hasta que al fin se acostumbraron a aquellos pantalones grises y a aquella chaqueta de los cazadores de a caballo que dos veces por semana, el jueves y el domingo, siguió acudiendo al locutorio o paseándose bajo los árboles del patio de honor.

Enrique prestaba su año de servicio militar muy cerca de París y en dos horas de tren podía ir y volver de Neuilly; de suerte que ni entonces, ni antes ni después de su voluntariado, privó a Genoveva de la visita que era para él una necesidad y para ella un placer infinito.

Ahora bien, a fuerza de hablar horas enteras los jueves y los domingos, Enrique sabía por su hermana todo cuanto sucedía en el colegio de la señora de Laferté; y a fuerza de encontrarlas y de hacerse decir sus nombres, conocía de vista a todas las compañeras de Genoveva. Y como en aquel entonces Rolanda acababa de terminar sus estudios y de entrar, como profesora auxiliar de piano en el colegio que días antes había abandonado como alumna, Enrique fué enterado de aquel suceso, como lo era de cuanto en el pensionado acontecía.

—¿Sabes?, háblele dicho Genoveva, la hija de la profesora de inglés...

—¿Aquella encantadora morenita?

—Ahora da lecciones de piano aquí, en el colegio.

—¿Tan bien toca?

—Como que era la mejor discípula del Sr. Lefevre-Couty.

—Y sería también la más guapa.

—Sí, es muy guapa, como su madre.

—De modo que da lecciones de piano, replicó Enrique sorprendido.

Esto hizo que cuando luego se encontró con Rolanda, fijóse más en aquella joven que ya no era una colegiala sino que, de pronto, se había elevado a la categoría de artista. Y aquel día le pareció aún más guapa, tanto que se volvió largo rato para ver pasar aquella figura esbelta y ligera como un pájaro.

—Es verdad que es exquisita esa Rolanda Casterras, murmuró.

Y tres días después, al encontrarla de nuevo, pues a la hora en que él llegaba ella iba y venía para dar lección a las discípulas que estudiaban en distintos sitios del establecimiento, demostró su admiración con una mirada tan involuntariamente significativa que Rolanda se ruborizó. Y él también ruborizóse como estudiante cogido en falta.

## VII.—ENAMORADOS

Miradas amorosas, rubores de muchacha, turbaciones deliciosas, pequeños misterios, fuertes latidos del corazón..., este lenguaje mudo y elocuente repitióse durante semanas enteras cada jueves y cada domingo. ¿Podía ofenderse Rolanda de aquella atención silenciosa, de aquella admiración tan discreta que apenas de ella era notada? ¿Podía siquiera asustarse? ¿Podía de todo aquello decir algo a su madre?

Además, ¿qué le habría dicho? Que aquel joven la miraba con ojos que adquirían un brillo singular al encontrarse con los suyos; que con aquellas miradas que hablaban le había dado a comprender que la encontraba bonita; y que así se lo había él confesado con turbadora elocuencia pero también con el más constante respeto. Su madre le habría contestado sin duda que con mucha frecuencia encontraría miradas semejantes, muchas veces menos reservadas y menos respetuosas, y habría añadido:

—«A ti te toca no alentarlas y hacer como si no te percataras de ellas.

Y entonces Rolanda no se habría atrevido a proseguir su confesión, a decir a su madre que sorprendida al pronto..., algo emocionada..., pero sin dar

ninguna importancia a aquella atención, poco a poco habíase fijado, interesado y complacido en ella; que también ella, aunque sin que él pudiera sospecharlo, con esa hipocresía de las muchachas que ven perfectamente aquello que aparentan no mirar, había examinado aquel joven y lo había encontrado encantador; y que muy a menudo, cuando se hallaba sola en su cuarto, entre sus chucherías, arreglando unas y quitando el polvo a otras, se había de pronto quedado inmóvil dejando que su pensamiento volase lejos, muy lejos, a Neuilly, en donde momentos antes se habían encontrado y en donde ella se había ruborizado al sentir clavada en su rostro su mirada muda.

¡Cuán dulce, cuán buena sería la vida al lado de aquel guapo mozo, de fino bigote rubio, de grandes ojos azules a los que daban energía las cejas obscuras, casi negras que se dibujaban en su frente en dos líneas rectas! Y cuando se dejaba mecer con más abandono aún por su ensueño, decíase también que Genoveva de Lorgerac era muy dichosa teniendo de apoyo aquel cariño que debía encerrar dulzuras infinitas. Y como Rolanda era más pura que los ángeles y tenía la casta ignorancia de los lirios immaculados, que no se dan cuenta siquiera de su radiante blancura, apenas sospechaba que hubiese otros cariños que el de una madre por su hijo o el de un hermano por una hermana. Esto no obstante, sentía, adivinaba confusamente que había de experimentar un placer más vibrante, más embriagador, si ese cariño se lo diese un joven..., parecido a aquel, que la quisiera más que a todo el mundo y a quien ella daría asimismo lo mejor de su alma.

Pero los ensueños de las muchachas que sueñan con los ojos abiertos tienen también su despertar; así es que cuando caía desde el cielo de aquellos ensueños a la tierra de la realidad; cuando volvía a encontrarse en su cuartito, en medio de sus baratijas, al lado del humilde corredor desde donde Octavia, que iba a servir la modesta comida, la llamaba, Rolanda lanzaba un gran suspiro de pena, pero también de resignación y se decía:

—¡Loca, más que loca! Los Enrique de Lorgerac no son para una profesora de piano como tú.

Y sin embargo, añadía:

—¡Enrique!..., cómo me gustaría poder llamarle con este bonito nombre... ¡Enrique!... ¡Enrique!

Durante este tiempo, ¿cuál era el estado de alma del que de tal modo conturbaba aquel corazón de diez y siete años? ¡Ah!, muy extraño muy complicado. Enrique se abandonaba a aquel sentimiento que, nacido como un pasatiempo, había llegado a ser poco a poco una necesidad de su imaginación primero y un goce de su existencia después. Aquella encantadora muchacha le preocupaba hasta el punto de convertirse para él en una obsesión, en una idea fija, en un deseo casi doloroso. Seguramente el anhelo que impulsaba a aquel joven de veintidós años hacia la deliciosa niña en quien presentía a la mujer exquisita, no se parecía en nada al que hacía latir el corazón de aquella virgen immaculada. Enrique amaba a Rolanda con toda la impetuosidad de su sangre joven, con todos los impulsos de su apasionado deseo; y como la vida, la fea vida, despierta muy pronto en el corazón de los mejores el escepticismo de las existencias precoces, decíase:

—Una más que tarde o temprano comprenderé que es una tontería matarse trabajando desde la mañana hasta la noche, cuando basta querer para verse querida, mimada, rodeada de todo lo que hace la vida fácil, dichosa, exenta de las preocupaciones del mañana.

Por otra parte, como no conocía a esas señoras Casteras, como no sabía nada de su vida, pensaba:

—La madre, profesora de inglés..., la hija, profesora de piano..., una artista y, por tanto independiente... Poder ser quien diera expansión al mundo de deseos, de ensueños, de audaces rebeldías que debe hervir en aquella cabeza; ser amado por ella... y amarla tan apasionadamente, durante tanto tiempo como ella quisiera..., siempre, si así se le antojaba... ¡Qué divina aventura!... ¡Qué paraíso de amor!...

Su ensueño, pues, le perseguía con obsesión cada día más impaciente, más febril.

Y sucedió lo que había de suceder.

Enrique quiso tener más detalladas noticias de aquella joven que, bien lo veía él, no le miraba con indiferencia; y un día después de haberse informado, con infinitas precauciones, por su hermana de las horas en que terminaban las clases de la señorita Casteras, tomó sus medidas para salir del pensionado de Neuilly un poco antes de que saliese ella, e instalándose en un café que había delante del colegio, esperó.

No tardó en salir Rolanda, que se encaminó hacia París, y él la siguió a una distancia de cincuenta pasos con aire de absoluta indiferencia. Y hubiera

podido seguirla sin tomar ninguna de las precauciones que se creyó obligado a adoptar, porque Rolanda, como nada sospechaba, no volvió la cabeza ni una sola vez, y tranquilamente llegó a la avenida de los Ternos y entró en una casa de bastante buen aspecto.

Enrique esperó, y viendo que la joven no salía, dedujo que habitaba allí y decidió interrogar al portero, mejor dicho, a los porteros porque eran dos, un hombre y una mujer, a contestarle. ¡Cuánta prudencia hubo de poner en sus preguntas, para no dar lugar a suposiciones, a habladurías, que él hubiera sido el primero en lamentar!

Afortunadamente vió en el portal un cartelón que indicaba un piso por alquilar y así tuvo un pretexto natural para presentarse.

—Es el tercero y tiene cinco habitaciones, dijo el portero contestando a su pregunta.

—¿Y el precio?

—Mil doscientos. Recién restaurado. Tres ventanas sobre la avenida.

—Siendo así podría convenirme; pero ante todo, ¿quiénes son los inquilinos de la casa? La señora anciana que conmigo vendría a habitarla desea una vecindad quieta y decente..., decente, comprende usted?

—Si es por esto solo, esa señora puede estar tranquila. En la casa no vive más que gente de condiciones inmejorables: rentistas, comerciantes, una señora y su hija que dan lecciones en un colegio, un empleado en el...

—¿Quiénes son esa madre e hija?

—¡Ah, caballero, son las más ordenadas y reposadas de la casa. Hace diez años que habitan aquí y el colegio en donde dan lecciones es uno de los mejores de París, el pensionado Laferté, que usted conocerá sin duda.

—En efecto.

—Puedo asegurar que nunca se han retirado después de las diez, hora en que se cierra la puerta.

—Y a excepción de una señora de edad, añadió la portera, no recuerdo que nadie haya preguntado por ellas, como no sea algunas señoritas a quienes la señora Casteras da lecciones de inglés y de español.

En aquel momento un joven acompañado de un caballero pasó por delante de la portería.

—¿Hay algo?, preguntó entreabiendo la puerta. ¿No ha venido ninguna carta?

—Nada, señorito, contestó diligente el portero; nada para usted ni para el señor vizconde.

Y mostrando a Enrique aquellos dos sujetos, díjole:

—Por lo demás, aquí todo el mundo hace vida sencilla, hasta los artistas. Ese joven que acaba de pasar es un pintor que vive en esta casa; pues bien, como los demás inquilinos es hombre ordenado y tranquilo y de conducta intachable.

Y con estos informes que no le proporcionaban medio ni pretexto para penetrar en la existencia tan reclusa, tan regular, tan infranqueable de Manuela y su hija, Enrique dió por terminado su interrogatorio y se despidió del portero.

¿Qué más habría podido averiguar de aquella joven y de su madre? ¿Qué interés tenía en adquirir más noticias de los otros inquilinos? Ni siquiera se había vuelto para ver a aquel pintor de quien el portero había hecho tan caluroso elogio. Nadie entraba en casa de las señoras Casteras; luego tampoco entraba aquel individuo, que, por consiguiente era para él un indiferente.

Y, sin embargo, si hubiese sabido, si hubiese podido sospechar lo que aquel pintor y el sujeto que le acompañaba iban a buscar en la casa que habitaba Rolanda...

La admiración, el entusiasmo habían hecho hablar a la portera, la digna señora Guichardón. Aquel pintor hacía apenas un mes que vivía en la casa y ya en la portería se le citaba como modelo de inquilinos, y aun más que de él hacíanse lenguas los porteros de su respetable padrino que había alquilado el piso en su nombre. Los dos eran personas distinguidas: el viejo, que, al parecer había sido soldado pontificio, ostentaba el título de vizconde de l'Orme; el joven llamábase Ludovico de Queyrel. Además, se veía que eran ricos y sobre todo no eran nada orgullosos, sino por el contrario corteses y amables con todo el mundo.

Cuando habían ido a visitar el taller y la alcoba que formaban un pisito, el vizconde declaró desde luego que éste convenía a su ahijado y dando un luis a la portera, habíale dicho:

—Tome usted como señal; por supuesto que cuando me dé usted el recibo del primer plazo no incluirá usted esta entrega como hecha a cuenta. Estos veinte francos son para que los beba usted a mi salud.

¡Qué rumboso! Bien se veía que era un hombre de rancia nobleza.

Y esto no había sido más que el comienzo, porque en seguida el vizconde, dirigiéndose al portero, le había preguntado:

—¿Cuál es su profesión?

—Sastre, señor vizconde.

—¿Y su esposa, tiene también alguna profesión?

—No, señor, pues bastante le ocupa la casa: un poco en la portería, un poco en la escalera y un poco en los vecinos...

—Siendo así, podrá cuidar del piso de mi ahijado, limpiar el polvo, barrer, arreglar el taller y la alcoba, cepillar las ropas...

—Y todo cuanto se ofrezca, sí señor.

—Pues ahora sólo falta convenir el precio.

—¡Oh!, contestó la portera con su más amable sonrisa. De antemano sé que el señor vizconde será razonable.

—¿Le parece a usted bien cuarenta francos al mes?

—No seré yo quien regatee con el señor vizconde, respondió la señora Guichardón sin poder apenas disimular su alegría y su sorpresa.

—Pues asunto concluido; aquí tiene usted el primer mes. Estas cosas me gusta pagarlas por adelantado.

Aquel mismo día habíase instalado el pintor en su habitación. Bien se veía que no era ninguno de esos pintamonas que se pasan la vida en busca de una moneda de cinco francos, y que si se había dedicado al arte no había sido por necesidad sino por gusto, porque éste es para un joven distinguido un medio para hacer hablar de sí en los diarios y para obtener, andando el tiempo, una condecoración.

El mobiliario que había llevado era elegantísimo y parecía recién salido de la ebanistería; y además, el señorito Ludovico lo había instalado con exquisito gusto. En el taller, veíanse multitud de telas, candeleros y cajas de colores y la alcoba, sencilla y coquetona como la de una señorita, con sus cortinas de cretona y su cama pequeña, era una prueba de las costumbres morigeradas del artista, prueba que en seguida había podido la portera ver corroborada por la vida que hizo el joven desde el primer momento.

Trabajaba hasta mediodía, hora en que su padrino iba a buscarle para almorzar; a las dos poníase nuevamente a trabajar hasta que oscurecía. Entonces volvía el vizconde por él y como le llevaba al teatro, el señorito Ludovico no se retiraba hasta media noche, nunca más tarde y siempre solo.

Por otra parte, en su taller no había más que paisajes y cuadros de flores, que la señora Guichardón no sabía si estaban bien o mal; pero explicaba estos detalles para poder decir que allí no entraba jamás una modelo. Y cuando la buena mujer recordaba lo que había visto en ciertos talleres del barrio de Montmartre en donde había vivido, no podía menos de exclamar:

—Nunca hubiera dicho que en ese oficio hubiese muchachos tan excelentes como nuestro inquilino.

Así es que cada vez que veía llegar al vizconde, vestido con su levitón de corte militar y que siempre tenía la mano en el bolsillo para darle una propina, decíale entusiasmada:

—¡Qué suerte tener por ahijado un joven tan bueno!

—Sí, estoy muy contento de él.

—El mejor día lo casa usted.

—Es muy joven todavía.

En resumidas cuentas, para los porteros Ludovico era el rey de los inquilinos y su padrino el rey de los hombres.

#### VIII.—DOS BRIBONES

Sabido es cuán rápidamente se propagan por toda la vecindad los chismes y rumores que salen de las porterías. Octavia, puesta muy pronto al corriente por la señora Guichardón de los innumerables méritos del Sr. vizconde de l'Orme y de las raras virtudes del Sr. de Queyrel, habíase apresurado a comunicar a sus señoras lo que la portera le había confiado acerca del padrino y del ahijado: de suerte que ni uno ni otro eran desconocidos para Manuela ni para Rolanda.

Una tarde, llamaron al piso de éstas y un momento después precipitóse Octavia en el comedor, en donde madre e hija acababan de almorzar.

—¡Señora, señora! ¡El vizconde!

—¿Qué vizconde?, preguntó Manuela sin acordarse de pronto de aquellos vecinos que hacía cerca de dos meses que habitaban en la casa y a quienes encontraban casi todos los días en la escalera saludándolos y cediéndoles el paso con una cortesía y una reserva perfectas.

—¡El de arriba, mamá!, exclamó Rolanda, que comprendió en seguida de quién se trataba.

—Sí, señora, el mismo, confirmó Octavia.

—¿Y vienen los dos?, preguntó Rolanda con semblante a la vez asustado y risueño.

—No, señorita; solamente el viejo, el que tiene aire de militar.

—¿Qué querrá?, murmuró Manuela.

—Dice que desea ver a la señora... Le he hecho entrar en la sala, pero si quiere usted que le diga ..

—¿Para qué?, puesto que le ha introducido usted en la sala dígame que se sirva esperar un minuto... O mejor, será aún más sencillo, añadió doblando la servilleta.

Y dejando a Rolanda en el comedor, salió para recibir a aquel visitante inesperado.

La salita, aun más que el resto del piso, era de una sencillez que Rolanda, sonriendo, calificaba de espartana: sólo había en ella un sofá pequeño, dos butacas, dos sillas, una mesa grande arimada a un ángulo para que ocupase menos sitio, y el piano. Pero como Rolanda apenas entraba en ella más que para estudiar, porque prefería su cuartito lleno de objetos familiares, y como a Manuela tampoco le gustaba aquella pieza de aspecto frío, la salita estaba casi exclusivamente reservada a las pocas discípulas que tomaban sus lecciones en el domicilio de la profesora. A decir verdad, sólo se instalaban allí los días en que la señora de Lecoutellier, armándose de valor, efectuaba la ascensión a aquel cuarto piso con entresuelo. Cuando esto sucedía, ¡qué horas tan deliciosas de charla y de intimidad! Aquellas visitas, empero, eran cada vez menos frecuentes porque la buena señora se quejaba de agudos dolores y decía tristemente:

—Dentro de poco estaré enteramente baldada.

La sala, de todos modos, era la pieza oficial y la única en donde podía recibirse a un personaje de nota; allí, por consiguiente, había sido introducido el vizconde. El cual, al ver entrar a Manuela, se levantó diciéndole:

—Señora, no tengo otro medio de darme a conocer de usted que presentándome yo mismo. Soy el vizconde de l'Orme, exoficial del ejército pontificio, y algo vecino de usted ya que paso muchas horas en el piso de mi ahijado que ocupa el taller y la habitación de arriba. Mi ahijado Ludovico es hijo del comandante de Queyrel, a quien sus achaques obligan a residir en el Mediodía, en su quinta de Saint-Raphael. Ludovico es pintor y puedo decir con legítimo orgullo que es pintor de talento; y el bueno del comandante me ha confiado el cuidado de velar por su hijo, lo que, en realidad, resulta para mí sumamente fácil, porque el muchacho es bueno y laborioso... Perdona usted estas explicaciones que le parecerán chocheas de viejo, pero quiero a ese muchacho más que a nadie en el mundo, como a un hijo y él solo hace para mí las veces de una familia que no tengo, pues soy soltero.

Manuela le miraba como diciéndole: «Todo esto que usted me cuenta será muy interesante para usted; pero yo quisiera saber a qué debo el honor...»

Así lo comprendió el vizconde.

—Y ahora vamos al objeto de mi visita, dijo. He conservado excelentes relaciones en Roma, especialmente con el cardenal Guerra, que posee una inmensa fortuna y cuyo palacio es un maravilloso museo de arte. Su Eminencia dedica anualmente una parte de sus rentas a embellecer su morada; ahora se propone hacer reproducir una serie de los principales cuadros de Velázquez, sobre todo los del Museo de Madrid, y ha tenido la bondad de confiar ese trabajo a Ludovico. El encargo ocupará a mi ahijado seis meses o acaso más, pero le será muy bien pagado y constituirá el comienzo de su fortuna personal, porque, como usted sabe, los pintores jóvenes adquieren reputación más pronto que dinero y hasta ahora suerte ha tenido Ludovico de poder contar con su padre y conmigo. Pero el muchacho no sabe el español, lo que puede ocasionarle grandes dificultades y como he sabido que usted da lecciones de esta lengua y de inglés en uno de los primeros pensionados de París... Además a juzgar por su nombre usted debe haber nacido en España.

—No, señor, soy mexicana y mi idioma natal es, por consiguiente, el español.

—Pues bien, aun comprendiendo que vacile usted en recibir en su casa a un joven, me atrevo a suplicarle que me permita acompañar a mi ahijado dos o tres veces por semana, a la hora que usted quiera; de este modo yo me aprovecharé también algo de las lecciones que usted le dé, con lo que me hará usted un señalado favor.

—Pero caballero, dijo Manuela estupefacta, yo sólo doy lecciones a señoritas...

—Señora, interrumpióle el vizconde con su bon-

dadosa sonrisa; mi ahijado es casi una señorita, por lo tímido y por lo dulce de su carácter. Para él sería una gran suerte encontrar en la misma casa en que vive y se pasa todo el día la enseñanza que necesita... Excuso decir a usted que no discutiré el precio; las condiciones de usted quedan aceptadas de antemano. He tomado mis informes y sé con quién trato.

Manuela vaciló unos segundos. Ciertamente nunca había dado lecciones más que a señoritas; pero al fin y al cabo era profesora, su oficio era enseñar y hubiera sido una gatzmoñería casi ridícula rechazar una lección que con la presencia de aquel caballero de edad, nombre y porte respetables, resultaba de una corrección absoluta. Además hacía mella en su ánimo la consideración de que aquella lección le sería muy bien pagada, pues la leyenda de la generosidad del vizconde había llegado hasta ella por conducto de Octavia y ya vislumbraba la posibilidad de ganar en seis meses una cantidad respetable, cerca de un millar de francos, con la que proporcionaría a Rolanda un gran placer el de cambiarle su piano, asaz mediocre, por otro bueno que la joven tanto deseaba.

Al fin respondió al vizconde:

—Sólo podré dar lecciones de noche.

—Magnífico, porque de día Ludovico pinta.

—¿Y cuántas veces por semana?

—Las más posibles, tres...

—¿De ocho a nueve?

—Muy bien; en cuanto al precio, ya he dicho...

Manuela animada por estas palabras y viendo en lontananza el Pleyel que tanto deseaba su hija, respondió:

—Me parece que diez francos por lección... Como usted me ha dado a entender que serían ustedes dos..., añadió asustada de la enormidad que se había atrevido a pedir.

—He advertido a usted, replicó el vizconde en su tono más amable, que no me permitiría discutir. ¿Cuándo la primera lección? ¿Mañana?

—Mañana.

—Señora, dijo el vizconde despidiéndose, ¿es hija de usted esa encantadora señorita a quien a menudo encuentro con usted?

—Sí, señor, y es también profesora del pensionado Laferté en donde enseña piano.

—Ya lo sé; es una joven de todas prendas de quien tiene usted el derecho de estar orgullosa.

—No tengo más que a ella en el mundo y es toda la felicidad de mi vida.

—Lo comprendo; igual me pasa a mí con Ludovico. ¡Ah! Cuando los padres tienen hijos que sólo les dan satisfacciones no envidian ningún otro goce.

Levantóse el vizconde y Manuela le acompañó hasta la puerta. Después volvió al comedor en donde Rolanda esperaba que se fuese aquel visitante que no acababa nunca de marcharse.

—Hija mía, creo que dentro de seis meses tendrás tu piano.

—¡Oh, qué alegría!, exclamó Rolanda batiendo palmas como cuando era niña.

De este modo el vizconde y su ahijado entreabrieron, con la habilidad de consumados malhechores, la puerta tan bien cerrada de la casa de Manuela. Ahora el enemigo estaba dentro de la plaza.

Comenzaron las lecciones con la presencia asidua de aquel respetable vizconde y con su acompañamiento de cumplidos al final de cada sesión. Y no hubo al pronto más que esto y la presentación de Rolanda al Sr. de l'Orme un día en que por casualidad la joven se encontró con aquellos caballeros.

A Ludovico parecía demasiado lenta aquella diplomacia que iba a paso de tortuga.

—Andando despacio se llega de prisa, contestó Victorino.

—A usted le parece esto bien porque no ha de estarse metido todo el día en el taller ensuciando telas y fumando kilómetros de cigarrillos.

—¿Quéjese usted! Precisamente pinta usted cada día mejor. Es usted más habil de lo que yo suponía.

—¡Vaya una gracia! Hace dos meses que no hago otra cosa que pintar y aburrirme con el español.

—Ya se indemniza usted por la noche.

—Sí, pero a las doce hay que volver a casa.

—Amigo, el que quiere el fin quiere los medios. Ahora todo depende de usted; estamos en la casa y es cuestión de agradar a la niña, tarea que nada tiene de desagradable.

—En esto estamos de acuerdo, porque la muchacha es bastante bonita para casarse sin dote, sólo por sus lindos ojos.

—¡Bah! Los ojos no hacen la felicidad.

—Pero contribuyen mucho a ella.

—¡Hola! ¿Estará usted enamorado? Sería una complicación inútil; no le pido a usted tanto.

—Ya que he de casarme mejor es que lo haga a gusto.

—¿Y Francina? ¿Qué hará usted de ella?

—Podremos seguir siendo amigos.

—De todos modos, aconsejo a usted que no le hable de sus hermosos ojos; mejor será, porque perjudicaría nuestros proyectos.

—Bueno; y ahora voy a reunirme con ella en las Rocas Negras.

—¿En ese subterráneo en donde se cantan canciones? Pero esa mujer no sale de ese cafetúcho.

—Qué quiere usted, es la moda, y antes de poco Montmartre estará lleno de esos establecimientos en donde cada cual, el dueño el primero, canta su canción apoyándose en el piano.

—Corriente. Son las nueve y no le quedan a usted más que tres horas de Rocas Negras, porque a las doce en punto...

—No tema usted, replicó Ludovico melancólicamente. Francina misma me acompaña hasta la puerta. Lo que es a ésa, bien la ha adiestrado usted.

Delorme le miró de repente con aquella mala mirada que hacía estremecer al joven y que aun en los momentos en que se mostraba más bondadoso aparecía como un aviso y una amenaza.

—Como que sabe que al primer desliz su amigo partiría para un viaje muy desagradable... ¡Ea! Que se divierta mucho.

#### IX.—CONSECUENCIAS DE UN ACCIDENTE

Al día siguiente, un jueves, ocurrió en la puerta Maillot un suceso de escasa importancia y que, sin embargo, había de ser de grandes é inesperadas consecuencias.

Todos los jueves Rolanda, después de dar sus lecciones de piano hasta las tres, salía del pensionado y tomaba un ómnibus para ir a ver primero a Claudio y luego a la señora de Lecoutellier.

Aquel día Enrique que comenzaba a conocer todos los pasos de Rolanda y que había observado que cada jueves en vez de volver a pie a la avenida de los Tornos, subía al ómnibus en la puerta Maillot, quiso saber adónde iba, y un poco antes de las tres, despidióse de su hermana y se encaminó a la parada de los ómnibus resuelto a tomar el mismo coche en que se instalase Rolanda y a no perder a ésta de vista hasta que llegase a su destino.

Un momento después aparecía la joven, precisamente cuando había allí gran confusión producida por los ómnibus que llegaban, que esperaban o que partían, y aumentada por la gran afluencia de viajeros, por los gritos de los cocheros y por la excitación de los caballos. Rolanda subió a un coche, en donde no habían sitios vacíos más que en la imperial, y se disponía a encaramarse allí cuando un brusco movimiento de los caballos imprimió al vehículo una sacudida tan inesperada y tan fuerte, que la joven, perdiendo el equilibrio, fué lanzada de espaldas al arroyo, en el momento mismo en que las caballerías del ómnibus siguiente, fustigadas por el cochero, avanzaban encabritándose amenazando aplastar aquel cuerpo tendido en tierra. Hubo clamores de la muchedumbre, mientras algunos hombres animosos se precipitaban sobre los caballos; pero de pronto un grito desolado dominó aquel tumulto y un joven, Enrique de Lorgerac, abriéndose paso violentamente, llegó a donde yacía Rolanda.

—¿Está usted herida?, preguntóle levantándola en brazos.

Pero la joven no contestaba. Pálida, cerrados los ojos, descoloridos los labios abandonábase sin voluntad a aquellos brazos que la sostenían mientras el público comentaba el daño que podía haber recibido y hablaba de conducirla a una farmacia.

Rolanda, sin embargo, volvió pronto en sí y abrió los ojos llenos aún de espanto pero en los cuales había brillado un destello de alegría cuando había visto... sobre todo cuando había oído aquella voz angustiada que le preguntaba:

—Señorita Casteras, ¿sufre usted mucho?

—No, balbuceó la joven, temblorosa, asustada... No es nada, y ya podré...

Intentó, en efecto, dar algunos pasos mientras él la seguía de cerca con los brazos extendidos para sostenerla al menor desfallecimiento; pero en seguida hubo de pararse buscando ella misma el apoyo sin el cual habría caído.

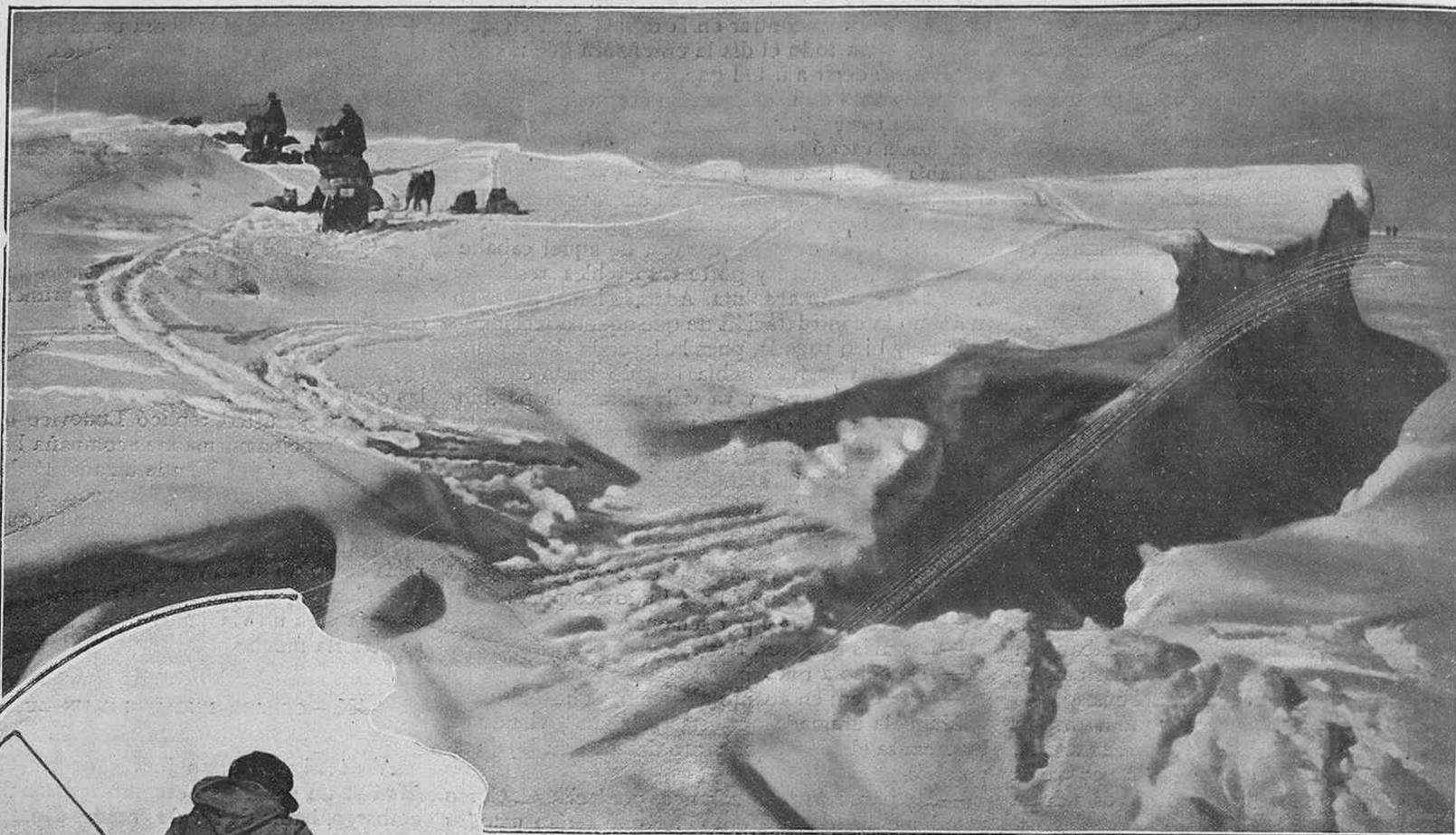
—No, no puedo, exclamó con lágrimas en los ojos: se me va la cabeza, no tengo fuerzas.

—Por fortuna yo estoy aquí... No se inquiete usted señorita; yo la acompañaré a su casa.

—Mi dirección es...

—Ya la sé.

(Se continuará.)



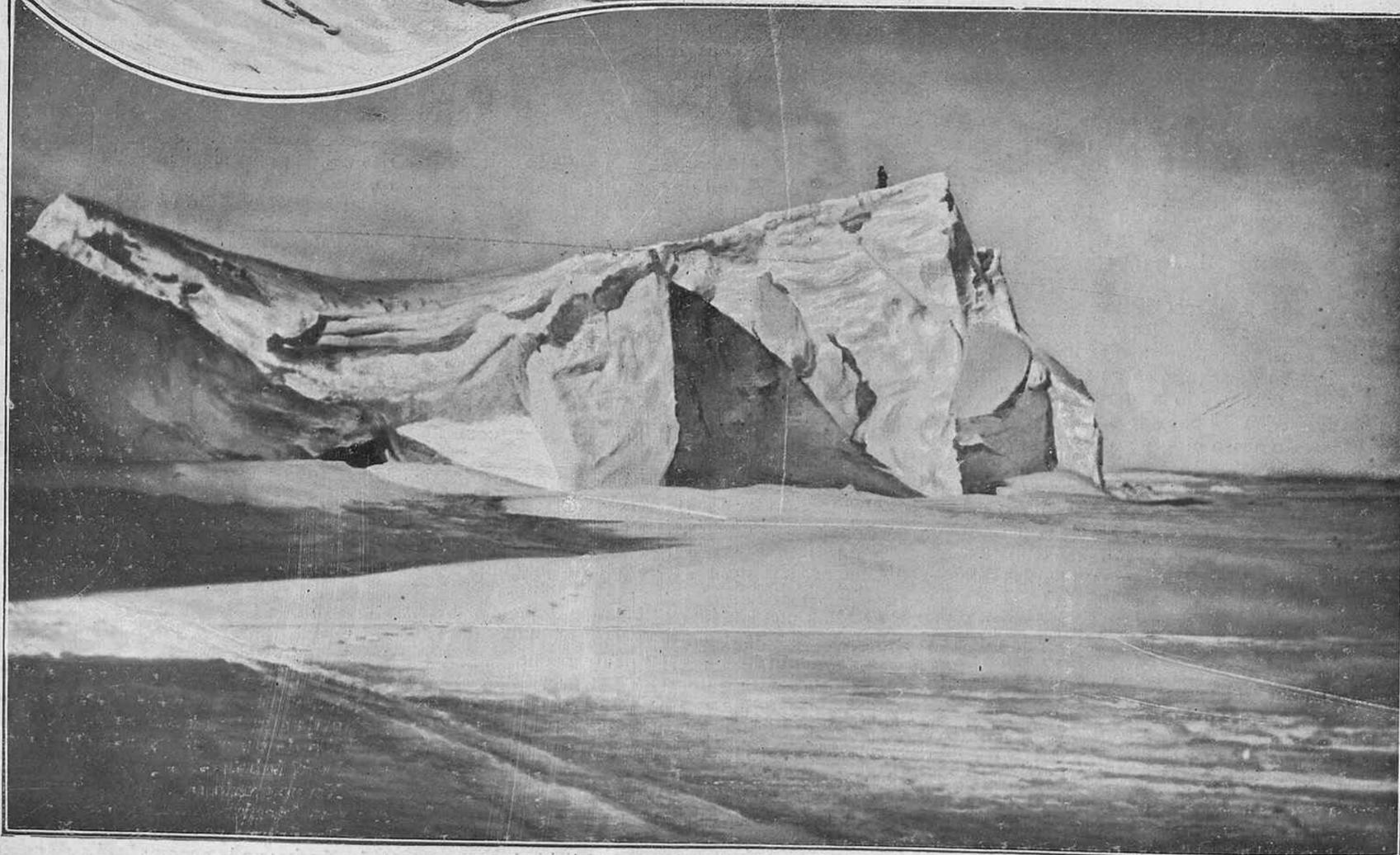
El ventisquero del Diablo. La caravana detenida al borde de una enorme grieta. A la derecha, en el fondo, dos de los exploradores buscan otro camino.



En el número 1.577 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dimos una ligera descripción del viaje de Roald Amundsen que llevó a este célebre explorador noruego al descubrimiento del Polo Sur. Hoy, con motivo de reproducir las interesantísimas fotografías que en esta página y en la siguiente publicamos, ampliaremos aquellas noticias.

Llegados a la bahía de las Ballenas, los expedicionarios resolvieron establecer allí su base de operaciones, procediendo, en su consecuencia, a la descarga del buque *Fram*, operación en extremo difícil a causa de la Gran Barrera de hielo que cerraba allí el mar y a causa también de las moles de hielo que flotaban en el agua. Todas las dificultades fueron, sin embargo, vencidas y en poco tiempo quedó desembarcado todo el material de maderas de construcción, víveres, trajes, muebles, instrumentos, etc.

Una vez instalados, Amundsen y sus compañeros preocupáronse ante



Aprovisionamiento de los depósitos a lo largo del camino del Polo.—La Gran Barrera y la bahía de las Ballenas, en donde invernaron los exploradores

todo en proporcionarse una reserva de provisiones suficiente para las necesidades del invierno. Al efecto realizaron una gran matanza de focas, animales allí muy abundantes y que, por no conocer todavía al hombre, dejaban, confiados, que los expedicionarios se acercaran a ellos. Así pudieron reunir fácilmente más de 60 mil kilogramos de carne fresca.

Amundsen instaló luego una serie de depósitos en la Gran Barrera, a lo largo del camino del Polo, hasta una distancia de 368 kilómetros, dejando en cada uno de ellos, además de los víveres para los exploradores, algunos centenares de kilogramos de carne de foca para los perros.

En el entretanto, habían comenzado a construirse las viviendas para pasar el invierno: la barraca de madera, rodeada de una gruesa muralla de hielo; ocho tiendas para los perros, almacenes, talleres, observatorios, etcétera, construcciones que se comunicaban por medio de galerías.

El invierno fué horriblemente frío, habiéndose sostenido la temperatura, durante cinco meses, entre 50 y 60° bajo cero; pero en la cabaña de los exploradores, gracias a un excelente aparato de calefacción, el termómetro llegó a 20° sobre cero.

En aquellos meses no permanecieron inactivos los expedicionarios, pues, además de haber hecho numerosas y frecuentes observaciones meteorológicas, se dedicaron a modificar sus trineos, corrigiendo los defectos que las excursiones del otoño habían puesto en evidencia.

Al reaparecer el sol en 24 de agosto, después de cuatro meses de ausencia absoluta, la temperatura se elevó considerablemente; por lo que Amundsen decidió, en 8 de septiembre, emprender la marcha hacia el Polo. Pero cuando habían avanzado 120 kilómetros, recrudesció el frío, hasta el punto de marcar nuevamente el termómetro 50 y 60° bajo cero; en vista de lo cual y en atención a que aquella baja temperatura había causado la muerte de varios perros, los exploradores resolvieron regresar a la estación.

Por último, habiendo mejorado el tiempo, Amundsen partió con cuatro compañeros, otros tantos trineos y cincuenta y dos perros. Una distancia de 1.250 kilómetros le separaba del polo.

Los expedicionarios, a fin de evitar el cansancio de los perros realizaron etapas de sólo cinco horas en un principio; cuando los canes estuvieron entrenados, las etapas fueron de seis horas. Después de cada una de éstas, hombres y animales comían y descansaban seis horas; luego reanudaban la marcha.

Después de haber atravesado una primera cordillera, los exploradores escalaron un gran ventisquero lleno de enormes grietas; unas veces arriesgándose a pasar por frágiles puentes de hielo, otras dando largos rodeos, consiguieron dejar atrás aquellas zonas dislocadas, y cuatro días después de haber salido de la Gran Barrera hallábase a la altura de 3.000 metros.

Luego hubieron de descender para subir a un nuevo ventisquero, el del Diablo, más agrietado aún que el anterior. A estas dificultades que el terreno oponía al avance de los expedicionarios, uníanse las de un tiempo en extremo brumoso: una densa niebla lo envolvía y deformaba todo, así es que la marcha hubo de hacerse, por decirlo así, al azar, y a cada momento un hombre o un perro rompía con su peso algún puente de hielo y caía en alguna grieta.

Después de tres días de este ejercicio, el terreno hizo-se aún más difícil, pues lo constituía una superficie helada, lisa como un cristal, en la que los skis no podían hacer presa y que producía la impresión

de cubrir un inmenso abismo. Bajo los pasos de los expedicionarios, el suelo resonaba: «parecíamos, escribe Amundsen, que caminábamos sobre barriles vacíos.» También allí las caídas fueron frecuentes y sólo por milagro ninguna tuvo consecuencias fatales.

El 6 de diciembre, Amundsen y sus compañeros alcanzaron la altitud de 3.225 metros, es decir, el punto más elevado de su itinerario. A partir de aquel sitio, el terreno descendía en suave pendiente apenas perceptible; y la caravana avanzó rápidamente y con tiempo espléndido, presagio de la próxima victoria.

En la tarde del 8 pasaron la latitud extrema alcanzada por Sáckleton; al día siguiente recorrieron 31 kilómetros y al otro, 35. Finalmente el día 15, Amundsen y sus cuatro compañeros, Helmer Hansen, Bjaaland, Wisting y Hassel, llegaron al Polo Sur, plantando allí la bandera noruega.

Dos días después emprendieron el viaje de regreso y el día 25 de enero reuníanse en el campamento de la bahía de las Ballenas con sus compañeros, que, en el entretanto, habían explorado minuciosamente la tierra de Eduardo VII.—R.



En el Polo Sur. El capitán Amundsen haciendo la observación astronómica para determinar su posición exacta. En el punto correspondiente al Polo, ondea la bandera noruega

En cada uno de los depósitos instalados en el otoño anterior en la Gran Barrera, la caravana hacía un alto más largo a fin de que los perros pudieran darse un buen hartazgo de carne de foca, con lo cual cobraban nuevos ánimos para seguir avanzando con más ardor.

Como en esta clase de expediciones no basta con avanzar, sino que es menester, además, tener segura la retirada, los exploradores, a partir del paralelo 82, en donde estaba instalado el último de aquellos depósitos, fueron instalando a cada grado uno nuevo; de este modo, al mismo tiempo que se aligeraban de carga, aseguraban su sustento para el viaje de regreso.

El día 17 de noviembre Amundsen y sus compañeros habían atravesado en toda su extensión la Gran Barrera; es decir, en veintiocho días habían recorrido la mitad del trayecto entre la bahía de las Ballenas y el polo. Faltábales, sin embargo, salvar la parte más difícil, escalar el grupo de montañas en donde está situado el polo, que ocupan una extensión, a vista de pájaro, de 550 kilómetros y algunas de las cuales, como los montes Nansen, Pedro Christophersen y Nielsen tienen 4.500 metros de altitud.

PÍDASE

PROSPECTO J. A.

**LEITZ**

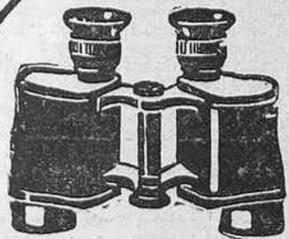
GEMELOS PRISMÁTICOS

PARA

EJÉRCITO Y MARINA,  
VIAJE Y SPORT,  
TEATRO Y CAZA.

SE VENDEN DIRECTAMENTE POR

E. Leitz TALLERES DE ÓPTICA  
Wetzlar (Alemania)



**APIOLINA CHAPOTEAUT**

Regulariza el flujo mensual,  
corta los retrasos y  
supresiones así como  
los dolores y cólicos  
que suelen coincidir con las  
épocas.



PARIS, 8, Rue Violonne  
y en todas farmacias.

**SALUD DE LAS SEÑORAS**

## PARÍS.—LA EXPOSICIÓN CANINA. (Fotografías de Central-Photos.)

La Exposición canina recientemente celebrada en París ha sido por demás notable, así por el número de ejemplares presentados como por la calidad de muchos de ellos.

En la clase de perros de pastor de raza francesa, de color negro u obscuro, han sido premiados dos machos de la señorita Raúl-Duval, una hembra de la misma y otra del Sr. Froment-Meurice, y de colores claros, dos machos del Sr. Froment-Meurice y de la señora Paggi y dos hembras de la señora Leys y de la señorita Raúl-Duval. De esta casta han obtenido premios unos cachorros del Sr. Froment-Meurice y de los Sres. Halais y Poignault.

Los lotes de perros del Beauce forma-

utilización, es decir, perros de trabajo; en él han merecido la primera clasificación los de los Sres. Nucelly y Lepel-Cointet.

En el *ring* de los perros del Monte de San Bernardo había ejemplares espléndidos, de los cuales han sido premiados, en la clase de pelo corto, los machos de los Sres. Schweitzer y conde Espivent de la Villesboinet y de la señora Jonás; y las hembras de los señores Caldas y Boileau; y en la clase de pelo largo, los machos de los señores Boileau, Catenac y Vaissade, las hembras de los Sres. Boileau, Artús y Schweitzer, y los cachorros de los Sres. Boileau y Moret. El premio de lotes de cría lo obtuvo también el Sr. Boileau por su grupo de ochenta ejemplares.

Entre las razas de perros de montaña, llamaron la atención los presentados por el conde Espivent de la Villesboinet, por la marquesa de Rosambo y por la señora Detzen.



Perro de pastor de raza francesa.—Perro «colley».—Perro lebrele

ban un conjunto magnífico, sobresaliendo entre ellos los machos de los Sres. Thomas y Rentiére y de las señoras Demas y Berthion, las hembras de los Sres. Luizard, Lemesle, Bonterre y Boujou, y los cachorros de los Sres. Gauthier, Reumaux y Caille. El lote de este último ha obtenido el primer premio.

Uno de los grupos más interesantes era el de los perros recompensados en concursos de

La sección que indudablemente llamó más la atención fué la de los perritos de lujo y de los grandes lebreles. Entre los primeros eran verdaderamente notables los de las señoras Cohen, Cazaux, marquesa de Peralta, Haemers, Gosling, Tebbit, marquesa de Vaucouleurs, baronesa de Bondelli y condesa de Carnazet; entre los segundos llevábase la palma los de las señoras Serf van Nieuukyk, Pavin de Lafarge y marquesa de la Roche d'Espeil.

## LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

**HISTORIA DEL FOMENTO DEL TRABAJO NACIONAL**, por D. Guillermo Graell. — Es este un libro de importancia e interés excepcionales, pues al mismo tiempo que contiene la historia de una entidad tan benemérita como el Fomento, desde sus orígenes, es decir, desde 1771, constituye un estudio completo y profundo del movimiento industrial y económico de Cataluña y de cuantos problemas ha determinado este movimiento, no sólo en esta región, sino también en toda España. La obra del Sr. Graell es un verdadero monumento a la producción nacional y un libro valiosísimo así por los muchos e interesantísimos datos que contiene como por la extensión y solidez de las doctrinas que en él expone el autor, conocido en nuestra patria y en el extranjero como eminente economista. Un tomo de 508 páginas impreso en Barcelona en la imprenta de la Viuda de Luis Tasso.

ALMANAQUE DE LA VIRGEN DEL PILAR PARA 1912. —

Contiene, además del Santoral, numerosos trabajos en prosa y en verso de reputados literatos aragoneses y de varios Padres de distintas órdenes religiosas. Un tomo de 150 páginas impreso en Zaragoza en la tipografía de Cecilio Gasca. Precio, 55 céntimos.

**ALSINA**. — Monografía de la importante imprenta fundada hace pocos años en San José de Costa Rica por el barcelonés D. Avelino Alsina. Contiene numerosos artículos altamente laudatorios para este señor y su establecimiento, escritos por las más distinguidas personalidades costarricenses. Un folleto de 62 páginas con numerosos grabados, impreso en San José de Costa Rica.

**ESCRITS de Ernest Vendrell**. — Fué Ernesto Vendrell una de las inteligencias más clarividentes de Cataluña, cuya vida espiritual estudió con entusiasmo y para la cual soñaba con nuevos y poderosos ideales. Bien se advierte esto en los artículos reunidos en el tomo que nos ocupa y en los cuales, a propósito de los asuntos más diversos, resplandecen las cualidades de un profundo pensador. Un tomo de 158 páginas

con un prólogo de Jaime Brossa y el retrato del autor, editado en Barcelona por «L'Avenç.» Precio, 1'50 pesetas.

**ESGRIMIDORES SEVILLANOS**. Documentos inéditos para su historia, por D. José Gestoso y Pérez. — Este infatigable investigador de todos los elementos de los pasados siglos que dan a conocer la vitalidad del pueblo de Sevilla, acaba de publicar un curiosísimo e interesante estudio de los maestros esgrimidores que ha contado la ciudad del Guadalquivir, dando a conocer sus nombres y biografías, desde 1498 hasta 1683 inclusive, habiendo reunido un caudal de noticias de gran utilidad para los que se dedican a estudios históricos.

**ESPAÑA PINTORESCA. LÉRIDA**, por D. José Folch y Torres. — Geografía e historia de aquella provincia, en que se describen en forma aménisima sus montañas y sus ríos, sus pueblos y ciudades, sus monumentos, usos y costumbres y se dan noticias biográficas de sus hijos más ilustres. Un tomo de 48 páginas que forma parte de la publicación *España Pintoresca*, ilustrado con numerosos grabados y editado en Barcelona por Antonio J. Bastinos. Precio, 15 céntimos.

**PAPEL WLINSI**

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

**DICCIONARIO**

de las lenguas española y francesa por NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA

Cuatro tomos encuadernados: 55 pesetas

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

Reino de Sajonia.

**Technikum Mittweida.**

Director: Profesor A. Holzt.

Escuela superior técnica p. la enseñanza de electrotécnica y construcción de máquinas. Secciones espec. p. ingenieros y técnicos. Laboratorios electrotécnicos y mecánicos. Talleres para la instrucción práctica. Mayor frecuencia anual 3610 estudiantes. Programa etc. gratis de la secretaria.

**PATE ÉPILATOIRE DUSSEY**

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.) sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN